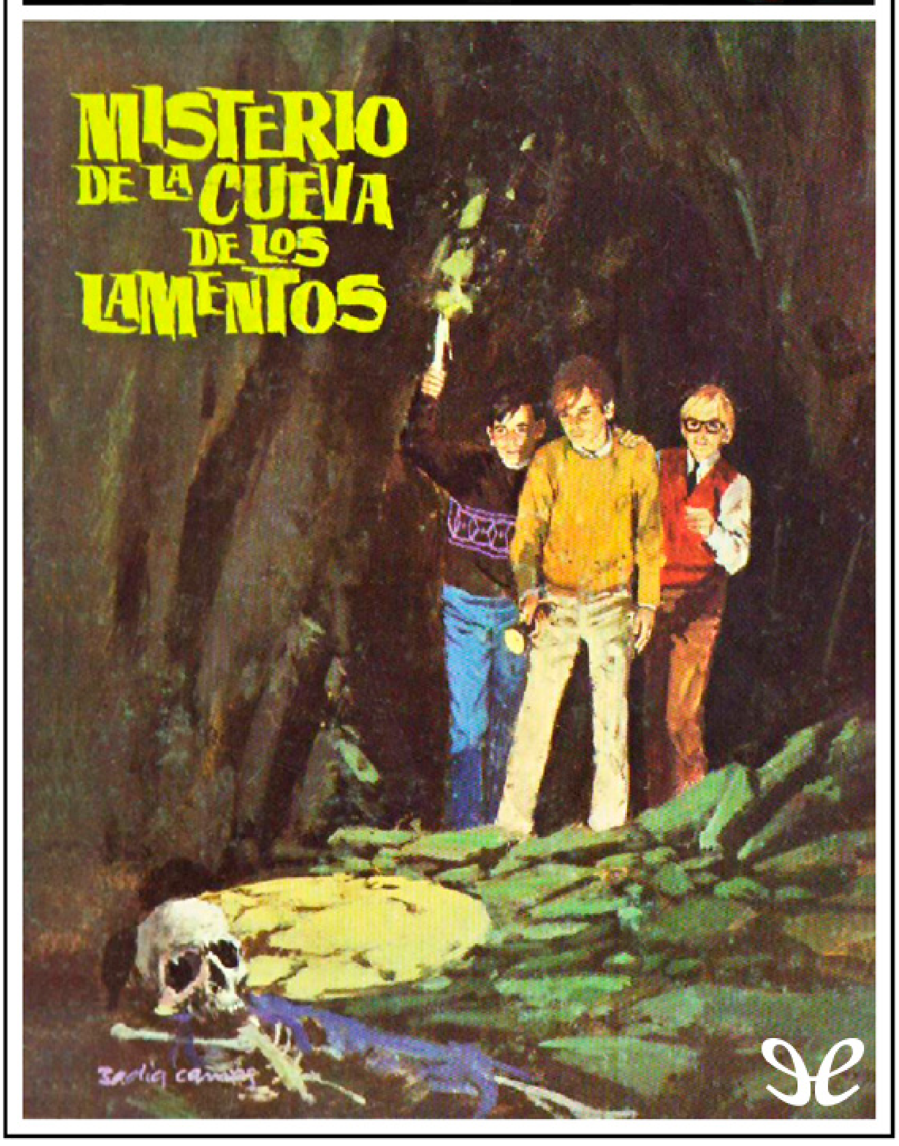
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio de la cueva de los lamentos

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 10

ePub r1.4

Titivillus 23.08.16

Título original: *The mystery of the moaning cave*
William Arden, 1968
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane. Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un mensaje de Alfred Hitchcock

Me complace saludarte con motivo del postrer misterio resuelto por Los Tres Investigadores. Si no los conoces ya, te presentaré a Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, vecinos de Rocky Beach, California, cerca del fabuloso Hollywood.

Hace algún tiempo fundaron la empresa de detectives Los Tres Investigadores, para resolver los misterios que les salían al paso. El jefe, Júpiter Jones, se distingue por su lógica, serena decisión y resistencia a permitir que un acertijo le venza. El segundo investigador, Pete Crenshaw, extraordinario atleta, pone su destreza muscular al servicio de la empresa en los momentos de peligro. Y el tercero, el más estudioso miembro del grupo, Bob Andrews, se cuida del registro de los casos y de buscar en los archivos. Tienen el Puesto de Mando en un remolque oculto entre chatarra, en el Patio Salvaje de los Jones, tío de Júpiter.

«Investigamos todo» es el lema de los muchachos. Esta vez se trasladan a un rancho en las montañas de California, para realizar investigaciones en la Cueva de los Lamentos, donde un bandido legendario se niega a permanecer muerto, y otros sucesos muy raros en un valle desierto. Sus descubrimientos te mantendrán en vilo y sentado al borde de la silla, si eres nervioso.

Basta de presentaciones. El caso se halla a punto. ¡Luces! ¡Cámara! ¡Acción!

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Gime el valle

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaah!

Un gemido fantasmal cruzó el valle en penumbras.

—¡Ya estamos! —susurró Pete—. ¡Ya vuelve a empezar!

Pete Crenshaw, Júpiter y Bob Andrews estaban agachados en un elevado risco, mirando hacia abajo, en el lejano extremo del rancho Crooked-Y, situado a unos centenares de metros del océano Pacífico.

El lamento se repitió, largo, penetrante.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Unos escalofríos recorrieron la espina dorsal de Pete.

—Comprendo que los obreros del rancho no quieran venir aquí —dijo a sus compañeros.

—Quizá proceda del faro que vimos en el camino —aventuró Bob—. O tal vez sea una deformación del eco de la sirena que anuncia la niebla.

Júpiter movió negativamente la cabeza.

—No, Bob; no lo creo. Eso en nada se parece al sonido de una sirena de señales. Además, no hay niebla esta tarde.

—Entonces… —Bob se calló, pues Júpiter ya no estaba agachado a su lado.

El corpulento primer investigador corría hacia la derecha, Pete y Bob se enderezaron de un salto y lo siguieron.

El sol había desaparecido casi por completo entre las montañas, y una claridad púrpura inundaba el valle.

Júpiter se detuvo a unos cincuenta metros. El lamento volvió a oírse. Escuchó atentamente ayudándose con la mano junto a la

oreja.

Pete lo miró, intrigado.

—¿Qué haces, Jupe?

Éste, sin responder, se giró y anduvo unos cien metros en dirección opuesta.

—¿Es que has decidido, simplemente, pasear arriba y abajo por este peligroso borde? —preguntó Bob, tan sorprendido como Pete por la rara actuación de Jupe.

Antes de que el primer investigador contestara, otro fantasmal gemido flotó en el valle.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Júpiter se volvió a ellos.

—No, Bob. Acabo de completar el experimento.

—¿Qué experimento? —se interesó Pete—. Que yo sepa, hasta ahora sólo hemos caminado.

—Y también escuchado el gemido desde tres sitios distintos —explicó Júpiter—. Mentalmente, he trazado líneas imaginarias desde los puntos de escucha, para saber de dónde proceden. El lugar donde se cruzan las tres líneas, es el punto exacto.

Bob comprendió la teoría expuesta por su jefe y amigo.

—Sí, Pete. Eso se llama triangulación, y lo emplean mucho los ingenieros.

—Exacto —afirmó Jupe—. Claro que yo lo he realizado de un modo muy rudimentario, pero servirá a nuestro propósito.

—¿Qué propósito, Jupe? —solicitó Pete—. Bueno, me refiero a qué hemos averiguado.

—Hemos averiguado que la fuente exacta del sonido se halla en la Cueva del Diablo.

—¡Caracoles, Jupe! Eso ya lo sabíamos. El señor y la señora Dalton nos lo dijeron.

Júpiter sacudió la cabeza.

—Los buenos investigadores no dan por válidos informes de otras personas, sin comprobarlos ellos mismos. Los testigos no son siempre de fiar, como nos ha dicho infinidad de veces el señor Hitchcock.

Júpiter se refería al director de películas Alfred Hitchcock, buen amigo de los Tres Investigadores desde que trataron de localizar una casa encantada para una de sus películas.

—Tienes razón. El señor Hitchcock nos demostró cuan pocos testigos se enteran de lo que ven.

—U oyen —añadió Júpiter—. Sin duda, los gemidos vienen de la Cueva del Diablo. Ahora nos falta saber quién…

El Primer investigador no acabó su frase, pues el lamento volvió a oírse… fantasmal, escalofriante, en la profunda media luz del valle en sombras.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Incluso Júpiter se estremeció esta vez, quizá afectado por las largas sombras que avanzaban por el valle.

Pete tragó saliva.

—¡Canastos, Jupe! El señor Dalton y el *sheriff* investigaron ya tres veces la cueva, y no encontraron nada.

—Quizá se trate de un animal —intervino Bob.

—No se parece a ninguna que haya oído antes —replicó Júpiter —. Además, el *sheriff* y el señor Dalton hubieran descubierto sus huellas de ser un animal corriente. Son cazadores y experimentados rastreadores de huellas.

—¿Qué clase de animal, entonces? —Se intranquilizó Pete.

—Tal vez uno desconocido en esta región —opinó Júpiter—. O quizá… —Los ojos del primer investigador destellaron—, ¡el propio diablo!

—¡Oh, no, no! —gritó Pete—. No creemos en fantasmas… ¿o sí?

Júpiter se sonrió.

—¿Quién habló de fantasmas?

—El diablo hace casi cien años que murió —objetó Bob—. Si no te refieres a un fantasma, Jupe, ¿a quién entonces?

Su amigo careció de tiempo para responder, pues en aquel momento el cielo, al otro lado del valle, se inundó de brillantes resplandores rojos. Las pupilas de los muchachos se dilataron a medida que las explosiones sacudían todo el valle.

—¿Qué pasa, Jupe? —preguntó Bob.

Éste denegó con la cabeza.

—Lo ignoro.

Las explosiones cesaron y el resplandor se difuminó poco a poco. Los tres chicos se miraron. Bob chasqueó los dedos.

—¡Ya lo sé! ¡Es la Marina! ¿Recordáis cuando veníamos hacia aquí en el camión? Entonces vimos una escuadra en maniobras de

prácticas. Apuesto que hacen salvas de puntería en las islas del canal. Pete se rió aliviado.

—Seguro. Hacen eso un par de veces al año. Lo leí en un periódico. Toman por blanco una isla deshabitada.

Júpiter asintió.

—Ayer lo publicó la prensa. Prácticas nocturnas de tiro. Regresemos al rancho; quiero averiguar más de este valle.

Bob y Pete no necesitaron que insistiera, pues el valle estaba ya totalmente oscuro. Los tres caminaron hasta sus bicicletas, dejadas en la carretera.

De repente, oyeron un inconfundible sonido semejante a un cuerpo que se arrastra por el suelo y después un prolongado gemido.

Capítulo 2

El Viejo maldito

El gemido cesó en el Valle de los Lamentos.

—Ése no procede de la cueva —afirmó Pete.

—No —convino Júpiter—. Se trata de un hombre.

—En apuros —añadió Bob—. ¡Vamos, camaradas!

El sonido procedía de la base de la Montaña del Diablo, así llamada por sus picos gemelos en forma de cuernos, situada entre el valle y el océano Pacífico.

—¡Socorro! —gritó débilmente un hombre.

Pete fue el primero en llegar hasta el desconocido de pelo grisáceo, tendido en el suelo con una pierna torcida y aprisionada por unas rocas. Su semblante exteriorizaba dolor.

—Quédese quieto. Lo sacaremos de aquí en seguida.

Pete se incorporó y dijo a Júpiter:

—Me parece que tiene rota la pierna. Convendría pedir auxilio.

El herido vestía ropas usadas propias de un trabajador de rancho. Entre rechinar de dientes, rogó:

—Id al rancho Crooked-Y. Trabajo allí. Decidle al señor Dalton que mande algunos hombres.

Los muchachos se miraron desalentados. Otro empleado del señor Dalton que sufría un accidente. Y nuevo problema en el Valle de los Lamentos.

* * *

Pete pasaba unas cortas vacaciones de dos semanas en Crooked-

Y, con el señor y la señora Dalton, nuevos propietarios del rancho. Jess Dalton, famoso caballista, había trabajado con el señor Crenshaw en varias películas del oeste. Luego de abandonar sus actividades como actor, decidió invertir sus ahorros en la compra de un rancho. Empero, apenas iniciaba la reconstrucción y mejora de la finca, empezaron los problemas.

El Valle de los Lamentos, cuyo extraño nombre tenía su origen en antiguas leyendas indias y en ciertos hechos violentos acaecidos en la época de los colonizadores españoles, volvía a gemir después de cincuenta años de silencio.



Y si eso no era suficiente para asustar a los trabajadores, empezaron los accidentes.

El primero ocurrió a dos caballistas que galopaban por el Valle los Lamentos un anochecer. De repente, oyeron un extraño grito, y sus caballos se encabritaron. Uno de los jinetes se rompió el brazo, y ambos regresaron al rancho con la desagradable historia del nefasto suceso en el valle. Poco después, a media noche, una manada de vacunos se disparaba en estampida sin aparente causa. Luego fue un peón, quien juró haber visto a un gigante surgir de la cueva en la Montaña del Diablo. A esto siguió el hecho de dos obreros desaparecidos sin explicación alguna. El *sheriff* afirmó haberlos visto en las cercanías de Santa Carla, pero muchos trabajadores rehusaron creerlo.

Pete no tardó en comprender que los Dalton se hallaban tremendamente preocupados. Las investigaciones en la cueva no habían revelado nada, y la autoridad del *sheriff* era nula ante los fantasmas o leyendas. Tanto él como el señor Dalton estaban seguros de que habría una sencilla explicación, si bien no lograban desentrañarla.

El segundo investigador llamó a sus camaradas explicándoles la posibilidad de un misterio a resolver. Éstos consiguieron permiso para ir al rancho, y los Dalton aceptaron gustosos.

Crooked-Y se hallaba a sólo diez kilómetros de la moderna ciudad de Santa Carla, y a unos cien al norte de Rocky Beach. La región contenía agrestes montañas, profundos valles y cañones y cuevas a lo largo de las costas del Pacífico.

Los padres de Bob y los tíos de Júpiter habían considerado excelente idea que los muchachos aprovecharan la oportunidad de ir a un rancho auténtico, donde podían practicar deportes tan sanos como la equitación, la pesca y la natación.

Pero ellos sintiéronse atraídos por el misterio del Valle de los Lamentos. Por eso descubrieron al hombre tendido en el suelo, con la pierna bajo un montón de rocas.

—Tenía que sucederme en este condenado valle —murmuró el hombre—. Nunca debí venir aquí. Sin duda los gemidos originaron el derrumbe.

—No lo creo —afirmó gravemente Júpiter—. Para mí la causa está en los disparos de la artillería naval, cuyas ondas expansivas

afectaron la escasa firmeza del lecho de algunas piedras, y su desprendimiento provocó el aluvión. La montaña del Diablo es muy seca y pina.

—¡Fueron los gemidos! —insistió el herido.

—Ahora interesa más conseguir ayuda, amigos —intervino Pete —. Nosotros nunca lograremos quitar ese montón de piedras.

El relincho de un caballo atrajo la atención de todos, que se giraron para ver a tres hombres cabalgando por encima del valle en dirección a ellos. Uno llevaba en reata un caballo sin jinete. Al frente de la partida venía el señor Dalton.

—¿Qué hacéis aquí, muchachos? —inquirió al tiempo que desmontaba.

El señor Dalton era alto y nervudo; vestía camisa color rojo brillante, pantalones descoloridos y botas del oeste. Su rostro curtido se veía surcado por arrugas de preocupación.

Le explicaron cuanto sabían.

—¿Cómo se encuentra, Cardigo? —preguntó el ranchero, arrodillado junto a su empleado.

—Tengo rota una pierna —manifestó el hombre—. Y la culpa es de este condenado valle. ¡Déme por despedido!

—Los disparos aflojaron algunas rocas y se produjo un desprendimiento —explicó Júpiter.

—Sin duda fue eso —admitió el señor Dalton—. Quédese quieto, Cardigo, y lo libraremos en un santiamén.

Momentos después habían retirado todas las rocas. Dos vaqueros galoparon en busca de un camión, que más tarde llevó al herido a un hospital de Santa Carla. Los tres chicos regresaron en sus bicicletas.

Era totalmente anochecido cuando llegaron al rancho, compuesto de cinco edificios: dependencias para el personal, un gran pajar, otro cobertizo pequeño, cocina y casa principal. Esta última era una vieja construcción de dos plantas, con vigas de madera y paredes de adobe rodeada de un porche amplio y fresco. El edificio se hallaba cubierto de campanillas rojas.

Los corrales rodeaban el grupo de edificios.

Los hombres esperaban reunidos en pequeños grupos junto al edificio destinado a cocina.

Evidentemente, hablaban del suceso. Lo hacían en voz baja, y

sus semblantes mostraban temor y enojo.

Los chicos se disponían a entrar en la casa cuando una voz profunda, desagradable, brotó de la noche:

—¿Dónde habéis estado?

Algo se movía en el porche, y ellos identificaron la pequeña forma nervuda y baja, de rostro curtido, que era Luke Hardin, el capataz del rancho.

—Es demasiado grande este rancho —dijo Hardin—, y resulta fácil perderse.

—Estamos acostumbrados a los espacios abiertos y montañas, señor Hardin —contestó Júpiter—. No se preocupe por nosotros.

El capataz avanzó un paso.

—Ya sé que estuvisteis en el Valle de los Lamentos. Ese lugar no es adecuado para jovenzuelos, ¿entendéis? ¡Manteneos alejados de allí!

Antes de que los chicos pudieran protestar, se abrió la puerta y apareció una mujer baja, de pelo gris y rostro muy moreno.

—¡Bobadas, Luke! Los muchachos no son niños. Sin duda tienen mucho más sentido común que usted.

—El Valle de los Lamentos no es recomendable —insistió terco Hardin.

—Me sorprende que un hombre como usted, tenga miedo a una cueva.

—No la temo, como tampoco temo enfrentarme a los hechos. Nací y he vivido siempre en esta tierra. De chico oí hablar del Valle de los Lamentos, y nunca di crédito a esas historias. No obstante, empiezo a no estar muy seguro.

—¡Tonterías! Usted sabe que se trata de una simple superstición —refutó la señora Dalton.

Pese a su firmeza, la señora Dalton apenas conseguía disimular su preocupación.

—Para usted, señor Hardin, ¿cuál es la causa de los gemidos? —preguntó Júpiter.

El capataz lo miró de soslayo.

—No sé chico. Nadie lo sabe. Hemos recorrido todos sus rincones sin encontrar nada. Al menos, nada que pudiera verse.

Sus ojos se iluminaron con repentino destello en la oscuridad, y añadió:

—Los indios afirmaron siempre que nadie vería al Viejo maldito.

Capítulo 3

El Diablo huye

—¡Luke! —amonestó la señora Dalton. El capataz no cedió.

—Sigo sin creer en las historias, pero un hombre debe admitir la realidad. La cueva ha vuelto a gemir sin que ninguno explique la causa. Si no es el Viejo Maldito, ¿quién es?

Luke Hardin se alejó del porche camino de las dependencias.

La señora Dalton lo miró preocupada.

—Temo que el suceso afecte a todos —comentó—. Luke es valeroso. Nunca le oí expresarse en esos términos.

—Me gustaría saber por qué nos habló el Viejo Maldito —repuso Júpiter.

La señora Dalton se sonrió.

—Supongo que Luke está cansado. Todos estamos cansados y algo preocupados. Bien, muchachos, ¿qué os parece un vaso de leche y unas galletas?

—¡Fantástico, señora! —contestó Pete.

No tardaron en comer galletas sentados en el cómodo salón del viejo rancho. Vistosas alfombras indias cubrían el piso, bajo rústicos muebles. La gran chimenea de piedra llenaba casi totalmente un lado. Cabezas de venados, osos y pumas, colgaban de las paredes.

—¿Qué es el Viejo Maldito, señora Dalton? —preguntó Júpiter.

—Sólo una antigua leyenda india. Cuando los españoles llegaron hace mucho tiempo, los indios les hablaron de un monstruo negro y resplandeciente, el Viejo Maldito, que vivía en un profundo estanque en el interior de la Montaña del Diablo.

Pete parpadeó.

—Si nadie puede ver al Viejo Maldito, ¿cómo sabían que era

negro y resplandeciente?

La señora Dalton se rió.

—Ahí está el busilis. Por supuesto que no tiene sentido. Pero ellos daban por cierto que alguien lo había visto, contándolo luego, y así nació la historia, que pasó de una a otra generación.

—¿Qué pensaban los españoles? —quiso saber Bob.

—Bueno… de eso hace muchos años, y también eran supersticiosos. Aunque no lo creyeron, nunca se acercaban al valle, si podían evitarlo. Sólo uno tan valiente como el propio Diablo, entró en la cueva.

—Háblenos de el Diablo.

En aquel momento apareció el señor Dalton, acompañado de un hombre bajo y delgado, provisto de gruesas gafas. Los chicos ya lo conocían. Se trataba del huésped de los Dalton, el profesor Walsh.

—¡Hola, muchachos! Ya me enteré de vuestra estancia en el misterioso Valle de los Lamentos.

—¡Tonterías! —exclamó el señor Dalton—. Nada sucede allí, como tampoco en el rancho. Son meros accidentes, y nada más.

—Lo admito, amigo Dalton —explicó el profesor—. Sin embargo, sus hombres no opinan igual. Los ignorantes se inclinan a creer en fuerzas sobrenaturales más que en su propio descuido.

—¡Ojalá pudiéramos averiguar la causa y demostrarla! —continuó el señor Dalton—. Después del accidente de hoy, perderé más hombres. Incluso Júpiter comprendió que el corrimiento se debió a la artillería naval frente a la costa.

—Discúlpeme, señor —habló Júpiter—. Nos gustaría ayudarlo si nos deja. Tenemos cierta experiencia, de la cual ya les habrá informado el señor Crenshaw.

—¿Que tenéis experiencia? —repitió el señor Dalton, mirando fijamente a los chicos.

Júpiter se sacó dos tarjetas de un bolsillo y las entregó al señor Dalton. El ranchero las estudió. La primera, grande, de negocios, decía:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El señor Dalton frunció el ceño.

—¿Investigadores, eh? Bueno, no sé… quizá no guste al *sheriff* que se inmiscuyan unos chicos.

El profesor Walsh miró la tarjeta.

—¿Qué significan los interrogantes, chicos? ¿Dudáis de vuestra habilidad como detectives?

El profesor se sonrió ante su propio chiste. Bob y Pete sólo mostraron los dientes y esperaron a que Jupe lo explicara. Los adultos siempre preguntaban por los interrogantes, exacto lo que Júpiter esperaba.

—No, señor —respondió el primer investigador—. Los interrogantes son nuestro símbolo. Significan preguntas no contestadas, misterios no resueltos, enigmas de toda índole que intentamos esclarecer. Hasta ahora nunca hemos fallado en resolver cualquier acertijo.

El señor Dalton consultó la segunda tarjeta, pequeña, de color verde. Cada uno de los chicos poseía una, y todas decían lo mismo:

El portador de la presente
es un auxiliar voluntario de la
policía de Rocky Beach.
Cualquier ayuda que se le preste,
será agradecida.

Firmado, Samuel Reynolds
Jefe de Policía

El profesor Walsh escrutó la tarjeta a través de sus gruesas gafas.

—Bien, bien. ¡Impresionante, muchachos! Incluso poseéis credenciales.

—Amigos míos, demostráis más sentido común que todos los trabajadores del rancho —reconoció el señor Dalton—. Quizá tres muchachos con ideas frescas sea lo que necesitamos para resolver esa tontería. Estoy seguro de que hay una explicación muy simple, y si me prometéis ser precavidos, pondré luz verde a vuestras investigaciones.

—¡Seremos precavidos! —prometieron los chicos.

La señora Dalton se sonrió.

—Sin duda hay una explicación muy sencilla, que a todos nos ha pasado por alto.

El señor Dalton añadió:

—Quizá sea el viento a través de viejos túneles, y nada más.

Júpiter cogió la última galleta.

—Usted y el *sheriff* han registrado la cueva, señor.

—De uno a otro extremo. Muchos de los pasadizos están bloqueados por desprendimientos causados por terremotos, pero llegamos hasta donde nos fue posible.

—¿Observaron ustedes algo que hiciera pensar en un cambio reciente? —preguntó Júpiter.

—¿Algo cambiado? —El señor Dalton frunció el ceño—. Nada que recuerde ahora. ¿A dónde quieres llegar, hijo?

—Bien, señor. Sabemos que los gemidos empezaron hace un mes, luego de un silencio que ha durado cincuenta años. Si el viento provocase el sonido, entonces sería lógico suponer que algo ha cambiado en el interior de la cueva, si después de tantos años vuelve a oírse. Más claro: dudo que el viento haya cambiado.

—¡Ah! —exclamó el profesor Walsh—. El chico ha razonado con evidente lógica, Dalton. Empiezo a creerlos capaces de solucionar el misterio.

Júpiter prosiguió:

—También sabemos que los gemidos sólo se producen durante la noche, cosa imposible, si la causa fuera el viento. ¿Ha observado usted si sucede en noches de vendaval?

—No, no lo creo, Júpiter —dijo Dalton, que empezaba a mostrarse realmente interesado—. Entiendo lo que quieres decir. Si fuera el viento, entonces oiríamos gemidos todas las noches

ventosas. Naturalmente, podría ser el viento y cierta combinación atmosférica especial.

El profesor Walsh se sonrió.

—O tal vez el Diablo, que ha vuelto a cabalgar.

Pete se atragantó.

—¡No diga eso, profesor! Jupe ya nos regaló la misma idea.

El señor Walsh miró a Júpiter.

—¿Lo dijiste convencido? ¡No me vengas ahora con creencias de fantasmas, jovencito!

—Nadie afirma nada sobre los fantasmas, señor —intervino Bob —. No obstante, jamás vimos un fantasma.

—Comprendo —respondió el profesor—. Los españoles aseguraban que el Diablo regresaría cuando menos se le esperase. Y después de exhaustiva investigación, no me atrevo a contradecirlos.

—¿Ha investigado el caso? —preguntó Bob.

—El señor Walsh es profesor de historia —explicó la señora Dalton—. Se encuentra aquí, en Santa Carla, para realizar estudios durante un año sobre la historia de California.

El señor Dalton creyó que tal vez podría ayudarnos a explicar a nuestro personal la razón de los gemidos del valle.

—No tuve suerte hasta ahora —admitió el profesor—. Sin embargo, muchachos, quizá os interese conocer la historia de el Diablo. Me seduce la idea de escribir un libro de su pintoresca vida.

—Sería fantástico —exclamó Bob.

—Sí, me gustaría saber más de él —convino Júpiter.

El profesor Walsh se recostó en su sillón, y comenzó la historia de el Diablo y su famosa y última aventura.

En los primitivos días de California, la tierra que ahora constituía el rancho Crooked-Y, había sido parte del rancho Delgado. Las posesiones de la familia Delgado, fueron de las mayores concesiones de tierras otorgadas a colonos españoles por el rey de España. Los españoles no acudieron a California en gran número como los ingleses a la parte este de América. El rancho Delgado fue un vasto dominio privado durante muchas generaciones.

Luego empezaron a llegar otros colonizadores a California, y la tierra de los Delgado fue diezmada mediante progresivas

usurpaciones. Después de la guerra mexicana, California pasó a integrarse en los Estados Unidos, y numerosos norteamericanos fijaron su residencia en el país, sobre todo, a raíz de la gran fiebre del oro en 1849. Hacia 1880 casi todo el gran dominio de los Delgado había desaparecido, excepto una reducida zona, no mayor que el Crooked-Y, con el Valle de los Lamentos.

El último de los Delgado, Gaspar Ortega Jesús de Delgado y Cabrilla, fue un joven audaz y fiero, que odió a los norteamericanos. Los consideraba ladrones que se habían apropiado del suelo familiar. El joven Gaspar tenía escaso dinero y ningún poder, pero ansiaba vengar a su familia y recuperar sus tierras. Eso le indujo a transformarse en el campeón de todas las antiguas familias hispanomexicanas, asentadas desde antaño en California. Ocultándose en los montes, se convirtió en un fuera de la ley. Pero los españoles lo consideraban un nuevo Robin Hood. Para los norteamericanos no era más que un bandido.

Éstos llamaron a Gaspar Delgado, el Diablo, inspirándose en la montaña de este nombre, donde tenía su refugio. Tardaron dos años en cazarlo. Durante ese tiempo, robó el dinero a los recaudadores de impuestos, asaltó las oficinas gubernamentales llevándose los fondos, y ayudó a los californianos de habla española, mientras que aterrorizaba a los de habla inglesa.

En 1888, el Diablo fue capturado por el sheriff del condado de Santa Carla. En un famoso juicio, que los californianos de origen español calificaron de falso, lo sentenciaron a la horca. Dos días antes de ser ejecutado, unos amigos le ayudaron en una atrevida evasión diurna. El Diablo escaló el tejado del penal, corrió por encima de otros, y, finalmente, saltó a lomos de su caballo negro que lo aguardaba.

Herido en su huida, y tenazmente perseguido por el sheriff y su patrulla, el Diablo cabalgó hasta su escondite en la cueva del Valle de los Lamentos. El sheriff y sus hombres bloquearon todas las salidas conocidas, pero no entraron. Creyeron que el Diablo saldría solo, obligado por el hambre o cuando su herida se enconara.

Mantuvieron la guardia durante varios días, pero no hubo señales de el Diablo. Durante el tiempo que esperaron, oyeron extraños gemidos procedentes de algún lugar del interior de la

cueva. Naturalmente, supusieron que era el español quien gemía, debido a sus heridas. Finalmente, el sheriff ordenó que sus hombres entrasen. Buscaron por todos los pasadizos y cavernas durante cuatro días sin hallar nada. Registraron todo el país, con el mismo éxito. Jamás descubrieron huellas de el Diablo: su cuerpo, ropas, pistola, caballo, dinero. Nada.

El Diablo nunca más volvió a verse. Alguien dijo que su novia, Dolores del Castillo, se había introducido en la cueva por una entrada secreta, ayudándolo a huir, para comenzar una nueva vida en Sudamérica. Según otros, los amigos lograron sacarlo y lo ocultaron en los ranchos durante muchos años.

Empero la creencia general era que jamás abandonó la cueva, y que permanecía oculto donde los norteamericanos nunca lo encontrarían y que seguía allí.

Durante muchos años, los robos y actos de violencia cuyos autores se desconocían, se achacaron a el Diablo, que aún cabalgaba a través de la noche en su gran caballo negro. Los gemidos continuaban en algún lugar de la cueva, desde entonces llamada del Diablo.

—Pero —acabó el profesor Walsh—, los gemidos se interrumpieron de repente, y los españoles creyeron que el Diablo había renunciado a sus incursiones, si bien seguía en la cueva a la espera del momento en que lo necesitaran de verdad.

—¡Cáscaras! —exclamó Pete—. ¿Supone eso que algunas personas aún lo creen en la cueva?

—¡Eso no es posible! —intervino Bob.

—De acuerdo, muchacho —convino el profesor—. He realizado extensos estudios sobre el Diablo, y comprobado cómo aparece en todos los cuadros suyos con la pistola en la cadera derecha. Sin embargo, estoy seguro de que es zurdo.

Júpiter asintió pensativo.

—Las historias acerca de figuras legendarias a menudo son falsas.

—Exacto —corroboró el profesor—. La versión oficial es que murió de su herida aquella noche en la cueva. Pero mis estudios revelan que su herida no fue mortal de necesidad. Y si en 1888 tenía dieciocho años, es muy probable que aún viva.

Capítulo 4

Comienza la investigación

—No sea ridículo, Walsh —refutó el señor Dalton—. En tal caso rondaría ahora los cien años. Y un hombre a esa edad no recorrería los montes.

—Usted se sorprendería si viera lo ágiles que son algunos hombres a los cien años —respondió el profesor—. Hay noticias fidedignas de hombres de las montañas del Cáucaso en la Rusia septentrional, que montan a caballo y luchan a los cien años, e, incluso, más. De todos modos, nuestro fantasma se limita a gemir en la cueva.

—Eso es cierto, señor —afirmó Júpiter.

—Por otra parte —siguió el profesor—, es enteramente posible que el Diablo tuviera descendientes. Quizá un hijo o un nieto suyo trató de personificarlo.

Dalton pareció menos escéptico.

—Eso ya suena más probable. Los anteriores propietarios del rancho nunca usaron el Valle de los Lamentos. Nosotros planeamos construir un corral de selección allí. Quizá algún descendiente trata de evitar sea destruida la leyenda.

—Jess, ésa podría ser la respuesta —intervino la señora Dalton —. ¿Te acuerdas? Uno de nuestros obreros mexicanos puso reparos al proyecto de usar el Valle de los Lamentos, antes de que empezaran a oírse los gemidos.

—Sí. Fue uno de los primeros que nos abandonó —exclamó Dalton—. Mañana preguntaré al *sheriff* si hay descendientes de el Diablo.

—Quizá os guste ver una foto de nuestro hombre —propuso el

profesor Walsh.

Se sacó de un bolsillo una pequeña fotografía que mostraba a un joven delgado de ojos negros y ardientes, y rostro altanero. Evidentemente, el retrato mostraba a un adolescente, ataviado con sombrero de alas anchas y alta copa, chaqueta corta, camisa de cuello alto, pantalones ajustados y relucientes botas puntiagudas, todo ello de color negro.

—¿Vestía siempre de negro? —preguntó Bob.

—Siempre —replicó Walsh—. Decía llevar luto por la gente de su raza.

—En resumidas cuentas —afirmó el señor Dalton—, sólo fue un bandido. Mañana hablaré con el *sheriff*, por si algún bobo intenta revivir la leyenda —el ranchero se sonrió—. Admito que resulta interesante la personalidad de el Diablo, empero un rancho no se gobierna solo. Aún me queda mucho trabajo por hacer esta noche, y vosotros estaréis cansados del viaje. Mañana será otro día. Según el padre de Pete, queréis aprender cómo es un rancho, y para saberlo hay que participar en sus labores.

—Puedo asegurarle que nos hallamos frescos —afirmó Júpiter—. ¿No es así, amigos?

—Desde luego —corroboró Bob.

—No estoy cansado —convino Pete.

—Es temprano y hace una noche clara —continuó Jupe—. Nos gustaría explorar el rancho. La playa siempre resulta interesante de noche, sobre todo por su flora y fauna.

Los Dalton se mostraron impresiónanos, ante la elocuencia y seriedad de Júpiter, que hacía suponerlo mayor de lo que en realidad era. Empero Bob y Pete sabían que en su mente había algo más que un simple paseo por la playa. Así decidieron mantener muy abiertos los ojos para demostrar su falta de sueño y cansancio.

—Bueno… —empezó la señora Dalton.

—¿Por qué no? —decidió el señor Dalton—. En realidad, es temprano, y la primera noche en un rancho resulta demasiado excitante para malgastar el tiempo en sueño —se giró a su esposa—. Autorízalos, Martha. Deja que visiten la playa esta noche, pues mañana los tendré ocupados.

—Accedo —se sonrió la señora Dalton—. Podéis iros, pero no regreséis más tarde de las diez. Aquí siempre madrugamos.

Los tres amigos no perdieron más tiempo. Llevaron sus platos y vasos vacíos a la cocina y se fueron por la puerta posterior. Tan pronto salieron de la casa. Júpiter empezó a dar instrucciones.

—Pete, ve al pajar y coge un rollo de cuerda que vi colgado allí. Bob, tú acércate a nuestra habitación, y tráete los yesos y linternas. Yo sacaré las bicicletas.

—¿Iremos a la cueva, Jupe? —quiso saber Bob.

—Exacto. Sólo allí podemos solucionar el misterio del Valle de los Lamentos.

—¿Que vamos a la cueva? —Se atragantó Pete—. ¿A esta hora? ¿Por qué no de día?

—Los gemidos se oyen de noche —dijo Júpiter—. Además, una vez dentro de una cueva, aunque sea de día, se ve lo mismo. Pero, tranquilízate, la cueva no gime todas las noches. Claro que lo hizo hoy, y si no aprovechamos la oportunidad, quizá tengamos que esperar demasiados días.

Cada uno se apresuró a cumplir su parte y poco después se reunían a la puerta del rancho. Pete ató el largo rollo de cuerda en su portaequipajes, y pedalearon por la estrecha carretera. La noche era cálida y la luna en lo alto se reflejaba en el reluciente asfalto.

El rancho Crooked-Y se extendía varios kilómetros junto a la costa del océano Pacífico. Pero éste quedaba oculto por las montañas, altas y silenciosas a la luz de la luna. Los verdes robles parecían fantasmas blancos. Mientras pedaleaban podían oír los rebaños que se movían inquietos en los campos, y relinchos de caballos junto a la carretera.

De repente, sin previo aviso, el fantasmal lamento flotó en el valle.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Pese a no constituir ya una novedad, Pete y Bob saltaron nerviosos.

—Estupendo —susurró Júpiter—. Los gemidos prosiguen.

Descendieron de sus máquinas, y desde la altura en que se hallaban observaron el valle a la luz de la luna, y la oscura boca de la Cueva del Diablo.

—¡Repámpanos, Jupe! —exclamó Bob—. Me parece ver cosas que se mueven.

—¡Y yo oigo ruidos! —añadió Pete.

—Sí —afirmó Júpiter—. Son cosas de vuestras imaginaciones. En sitios tenebrosos como éste, el sonido más simple resulta espantoso. ¿Estamos a punto? Bob, comprueba las linternas.

Bob cumplió la orden, Pete se echó al hombro el rollo de cuerda, y los tres cogieron sus respectivos trozos de tiza.

—Una cueva puede ser peligrosa si no se adoptan precauciones —explicó Júpiter—. Los principales riesgos son las profundas grietas y la posibilidad de extraviarse. Disponemos de cuerda por si alguno se cae, y marcando el camino con yeso, nunca nos perderemos. De todos modos, permaneceremos juntos.

—¿Marcaremos el camino con yeso?

—Por supuesto. Y también trazaremos flechas para saber la dirección seguida.

Los interrogantes dibujados con yeso fue uno de los más inspirados aciertos. Los empleaban para señalar el paso de cualquiera de ellos, denunciando así que uno de los investigadores había estado en el lugar. El color del yeso, blanco el de Júpiter, azul el de Pete, y verde el de Bob, permitía saber exactamente quién había hecho las marcas.

—Bien —dijo Pete—. ¿Estamos a punto?

—Creo que sí —confirmó Júpiter satisfecho.

Los muchachos respiraron hondo y empezaron a descender la ladera hacia el valle.

Una vez más, el gemido quejumbroso rompió el silencio de la noche.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Una corriente de aire frío se hizo más intensa a medida que se acercaban a la oscura boca de la cueva. Júpiter caminaba delante con la linterna encendida. Les sobresaltó un sonido sospechoso.

—¿Qué es esto? —preguntó Bob.

El sonido ganó en intensidad. La forma de tazón que tenía el valle hacía creer que el ruido venía de todas partes.

—¡Allí arriba! —gritó Pete, señalando.

Una roca gigante caía dando tumbos por la enhiesta ladera de la Montaña del Diablo, arrastrando una cascada de piedras pequeñas.

—¡Saltad! —gritó Pete.

Bob se resguardó fuera del alcance de la roca en descenso. Empero, Júpiter se quedó helado, mirando la enorme piedra que

venía en línea recta hacia él.



Capítulo 5

La Cueva del Diablo

Pete se lanzó contra Júpiter, derribándolo al ser desplazado de sitio. La roca pegó con fuerza donde Júpiter había estado de pie.

Bob se alzó.

—¿Estás bien? —preguntó ansioso.

Júpiter se levantó sin prisas y se sacudió la ropa. Sus ojos mostraban aquella mirada abstraída que lo caracterizaba cuando pensaba.

—Fui incapaz de moverme. Es interesante esa clase de reacción mental —musitó—. Recuerda un animalillo paralizado cuando una serpiente lo mira. El animal no se mueve, y es fácil presa cuando hubiera podido escapar.

Bob y Pete miraron a su amigo, que fríamente analizaba el haberse escapado por un pelo de ser aplastado. Júpiter alzó la cabeza para observar la ladera a la luz de la luna.

—Se ven muchas rocas sueltas allá arriba —dijo—, y la montaña está muy seca. Quizá sean frecuentes aquí los desprendimientos de rocas. La artillería naval debió removerlas en muchos lugares.

Los tres se acercaron a la gran piedra, medio enterrada a escasos metros de la entrada a la Cueva del Diablo.

—¡Mirad! ¡Tiene marcas! —Bob señalaba el pedrusco—. ¡Atiza, Jupe! ¿No será que alguien la empujó adrede?

—Muestra algunas marcas —respondió Júpiter, luego de examinar atentamente la roca—. Claro que eso no puede sorprendernos.

—Dio contra muchas rocas en su descenso —reconoció Pete.

—Y no vimos a nadie allí arriba —dijo Bob. Júpiter asintió.

—Pero puede haber alguien a quien no interese que lo vean.

—¡Sopla! Quizá sea mejor que regresemos —propuso Pete.

—No, si bien seremos más cuidadosos —se opuso Júpiter—. Al menos las rocas no caerán sobre nosotros si estamos en el interior de una cueva.

Júpiter entró seguido de sus ayudantes. Encendieron las linternas y Bob marcó el primer signo y una flecha en la entrada.

Las linternas no descubrieron nada en el largo y oscuro pasadizo que se adentraba en la Montaña del Diablo. Las paredes eran lisas, y la altura del techo permitía a Pete, el de más elevada estatura, permanecer en pie. El primer tramo del pasadizo, de unos doce metros, era completamente recto, y desembocaba en una gran cámara.

Los chicos pasearon por sus paredes los haces de luz.

El techo era altísimo. El extremo más alejado de la cueva no era visible.

—Es tan grande como la estación de ferrocarril de una ciudad —exclamó Bob—. Jamás vi una cueva tan inmensa.

El eco repitió sus palabras.

—¡Hola! —gritó Pete.

—Hola… hola… holaaaaaa —resonó.

Los chicos se rieron. El eco parecía brotar de toda la cueva.

—¡Hola! ¡Hola! —gritó Bob.

Júpiter inspeccionó la enorme caverna.

—¡Mirad! —invitó a los otros.

A su izquierda, un pequeño boquete negro pareció conducir al exterior. Los muchachos enfocaron sus linternas a las paredes de ambos lados, y descubrieron unas diez galerías que se adentraban en las profundas entrañas de la tierra.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿Qué ruta seguiremos?

Todas las galerías eran idénticas, suficientemente altas para que Pete caminase erguido y de algo más de un metro de ancho.

Júpiter frunció el ceño.

—La Cueva del Diablo está compuesta por un enorme complejo de pasillos y cámaras.

—Eso debió impedir a la patrulla localizar al Diablo —opinó Bob—. Esta red de pasadizos facilitó su ocultación.

Júpiter movió la cabeza.

—Parece una explicación plausible.

—¿Y cómo se inicia la formación de una cueva así? —le preguntó Pete, mirando a su alrededor.

—El origen está en las erosiones que produce el agua —explicó Bob—. Lo leí en la biblioteca. Una montaña está compuesta de diferentes rocas, unas más blandas que otras. El agua horada y destruye las más blandas. Y esta zona estuvo sumergida hace mucho tiempo.

—Bob tiene razón —asintió Júpiter—. Pero no estoy muy seguro de que estos pasillos sean todos naturales. Algunos parecen hechos por el hombre. Quizá por los hombres de el Diablo.

—O por mineros —rebatió Bob—. Según leí, solían buscar oro en esta área.

Pete se entretenía en alumbrar con su linterna la entrada de las distintas galerías.

—¿Dónde empezamos a investigar? —preguntó.

—Necesitaríamos meses para registrar todos estos corredores —aventuró Bob—. Apuesto que cada uno posee ramificaciones.

—Probablemente —convino Júpiter—. Sin embargo, disponemos de un medio sencillo para eliminar algunos. Localicemos los gemidos. Para ello será suficiente aguardar en la entrada hasta que sepamos por cuál salen los ruidos.

—Estupenda idea —aplaudió Pete—. Nos sobra con seguir la dirección de los lamentos.

—Bien, Jupe —recordó Bob—. Te olvidas de algo importante. Desde que estamos aquí, no hemos vuelto a oírlos.

Los tres permanecieron inmóviles, a la escucha. Bob tenía razón: la cueva se hallaba tan silenciosa como una tumba.

—¡Jupe! —preguntó Pete, inquieto—. ¿Qué significa eso?

Júpiter se encogió de hombros, intrigado.

—No lo sé. Pudiera tratarse de una coincidencia. Intuyo que no aguardaremos demasiado.

Sin embargo, transcurrieron diez minutos sin que fuera alterada la tranquilidad en la cueva.

—La última vez que lo oímos fue antes de la caída de la roca, Jupe —recordó Bob—. Claro que después de eso apenas presté atención.

—Sí, Bob. Nos sentimos demasiado nerviosos y dejamos de

pensar en ello. Desde luego, resulta imposible decir cuándo lo oímos por última vez.

—¡Cáspita! —saltó Pete—. ¿Qué hacemos?

—Paciencia, amigos —recomendó Júpiter—. Si mal no recuerdo, el señor Dalton informó de irregularidad en cuanto a los momentos en que se captan los gemidos. Mientras esperamos, propongo que empecemos a indagar en los pasillos laterales.

Sus camaradas aceptaron. Cualquier cosa resultaba preferible a permanecer quietos en la deprimente oscuridad. Bob se encargó de trazar las marcas, y entraron en el primer túnel.

Avanzaron lentamente, ayudados de sus linternas. A unos diez metros de la entrada, hallaron interrumpido el camino, debido a un desprendimiento de rocas.

—Ya nos advirtió el señor Dalton que muchos túneles estaban bloqueados por la acción de los terremotos —recordó Bob.

Pete inquirió preocupado.

—¿No será peligroso estar aquí?

—No —tranquilizó Júpiter—. Los techos son muy sólidos. Sólo una gran sacudida sísmica lograría desmoronar estas rocas. Si observáis detenidamente, veréis que las partes afectadas son las más débiles. Esta cueva es muy segura.

Volvieron sobre sus pasos y recorrieron los siguientes cuatro túneles sin dejar de marcar las entradas. Pero estos pasadizos acababan en el montón de rocas hundidas.

—Perdemos demasiado tiempo —se quejó Júpiter—. Nos separaremos y cada uno recorrerá un pasillo. No se advierte peligro.

—Bien, cada uno se introducirá en el túnel, hasta que llegue al final —convino Bob—; a menos que lo encuentre bloqueado.

—Exacto —aceptó Júpiter—. Si uno de nosotros recorre un pasadizo sin obstáculos, regresará aquí y esperará a los otros.

Y así lo hicieron. Los chicos penetraron optimistas en túneles distintos, precedidos de los focos de luz proyectados por sus respectivas linternas.

Júpiter avanzó un amplio trecho sin hallar impedimentos. De repente vio que el túnel natural era continuado por otro, con vigas en el techo y paredes, idéntico al sistema usado en las minas. Acentuó su precaución y recorrió unos cuantos metros estudiando el suelo y paredes.

No tardó en tropezar con un montón de escombros que bloqueaban el corredor. Se arrodilló para inspeccionar la barricada, y descubrió una pequeña piedra negra y dura, que, se guardó en un bolsillo para examinarla después.

Un grito resonó en el pasadizo.

—¡Jupe! ¡Bob! ¡De prisa!

* * *

Bob se hallaba en otra caverna grande similar a la primera. El túnel que exploraba lo llevó en línea recta a ella.

Se detuvo allí, desanimado, pues veía demasiados túneles pequeños a los lados. Se decidió a regresar a la primera caverna y aguardar a los otros, cuando oyó el grito de Pete. Raudo, se precipitó a la entrada de su túnel.

Júpiter corrió también al encuentro de Pete. De improviso, algo lo derribó en la oscuridad. Su primer conocimiento del hecho, fue encontrarse espatarrado en el piso de piedra, con un ser salvaje clavándole sus zarpas.

—¡Socorro! —gritó una voz asustada.

El grito resonó en los oídos de Júpiter. Era Bob.

—¡Soy yo! —gritó Júpiter.

Las manos que atenazaban a Júpiter se relajaron, y los dos amigos encendieron sus respectivas linternas.

—¡Repámpanos! Creí que alguien me agarraba —exclamó Bob.

—Eso mismo pensé yo —contestó Júpiter—. Nos dominó el pánico provocado por la llamada de Pete…

—¡Pete! —gritó Bob.

—¡Vamos! —ordenó Jupe.

Corrieron hasta el pasillo elegido por el Segundo Investigador. El túnel parecía más largo que los otros. Aminoraron su velocidad cuando vieron un haz de luz, sin duda de la linterna de Pete.

—¡Estoy aquí!

Bob y Júpiter irrumpieron en la caverna, incluso mayor que la primera. Pete se hallaba en el centro, enfocando la pared de la izquierda. Intensa palidez cubría su rostro.

—¡Había… había algo aquí! —tartamudeó—. Lo vi. Era negro y reluciente.

Bob y Júpiter enfocaron sus linternas a la pared. No vieron absolutamente nada.

—Os digo que vi algo —insistió Pete—. Cuando salí del túnel oí un ruido, moví la luz y vi esa… esa cosa, allí, cerca de la pared. Era enorme. Me sobresaltó y la linterna se me cayó al suelo. Cuando la recogí, la cosa había desaparecido.

Bob se mostró escéptico.

—¿No estarás nervioso, Pete? Tal vez nunca debimos separarnos.

Júpiter caminó hasta la pared y se arrodilló.

—No fueron nervios, Bob —explicó—. Aquí hay…

Pete y Bob corrieron y se arrodillaron a su lado. Vieron dos marcas grandes y oscuras en el suelo de piedra. Tenían forma de huevo. Bob preguntó alarmado.

—¿Qué es esto, Jupe?

—Algo húmedo —explicó el Primer Investigador—. Probablemente agua, si bien puede ser otra cosa.

—¡Uf! —exclamó Pete.

Júpiter paseó su foco por el piso. No vieron más señales. El techo estaba completamente seco.

—No hay nada que justifique estas marcas húmedas. Pete está en lo cierto. Algo estuvo en pie aquí. Algo que dejó huellas húmedas.

—Estas huellas miden unos sesenta centímetros de largo —calculó Bob.

—Poco más o menos —confirmó Júpiter—. Son enormes. Quizá de…

—¡Un monstruo! —Acabó el Segundo Investigador.

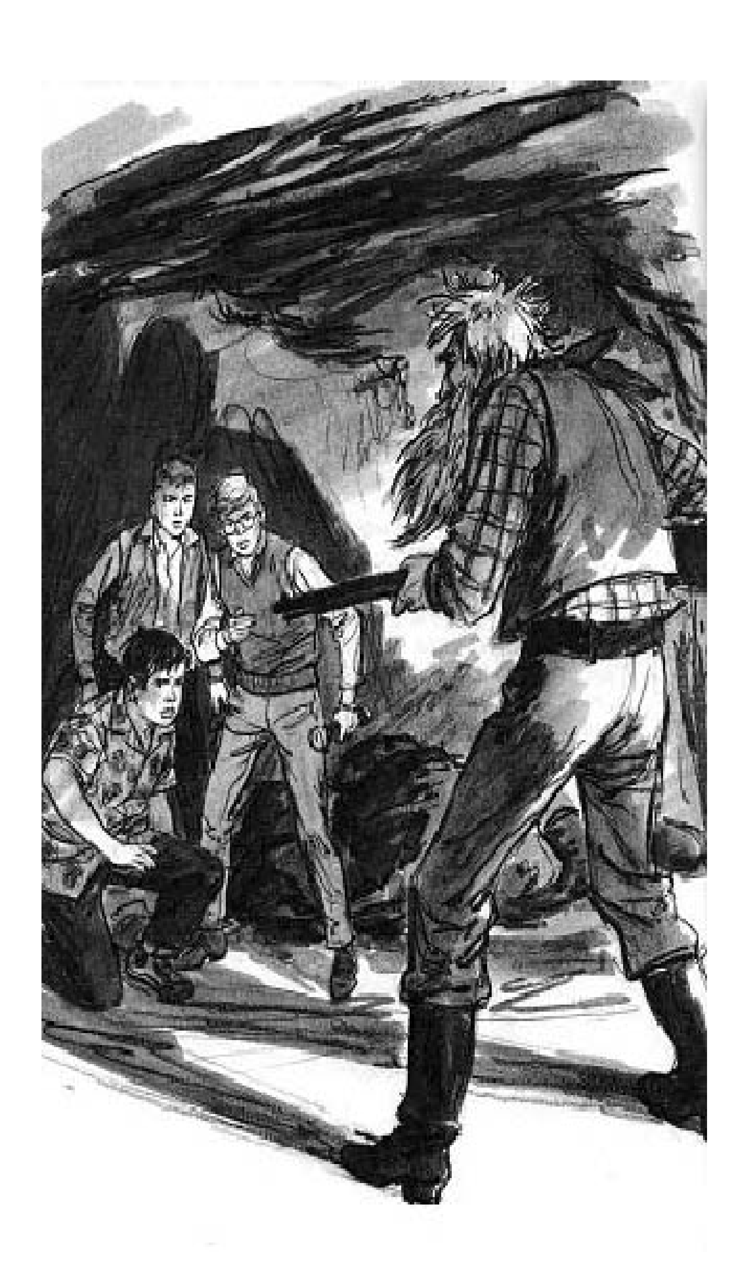
—¡Del Viejo Maldito! —dijo Bob.

Los tres se miraron inquietos. No creían en monstruos desconocidos, pero ¿qué pudo hacer semejantes huellas?

Un poderoso resplandor de luz pegó a los tres amigos como polillas a la pared. Una voz ronca gritó desde el otro lado de la cegante luz.

—¿Qué pasa aquí?

Una figura se acercó lentamente a ellos, inclinada, retorcida con enmarañada barba blanca, y un rifle enorme en las manos.



Capítulo 6

Un pasaje peligroso

El viejo señaló los oscuros túneles.

—Esos pasadizos penetran muy adentro. Jovenzuelos, es fácil perderse ahí.

Los ojos del anciano, ribeteados de rojo, brillaban.

—Hay que ser muy cuidadosos aquí. Conozco el país, sí señor. Setenta años hace que vivo aquí, y jamás perdí mi cabellera, no señor. Hay que pensar en el futuro, sí señor. Así se hace la historia. Conozco el país y combato al enemigo, sí señor.

—¿Su cabellera? —murmuró Pete—. ¿Ha luchado contra los indios, aquí?

El viejo agitó su rifle.

—Te hablaré de los indios. He vivido siempre con los indios. Es gente agradable, pero enemigos duros, sí señor. En dos ocasiones estuve a punto de perder mi cabellera, sí señor. Esto fue en el país de los utes y en el de los apaches. Son serpientes esos apaches. Pero me escapé, sí señor.

—Ya no hay indios, señor —dijo Júpiter, cortés—. Y no perderemos nuestro cuero cabelludo.

Los ojos del viejo se clavaron en los muchachos. Pareció que los veía por vez primera.

—¡Claro que no hay indios ahora! ¿Estáis locos, chicos? Tenéis que estarlo, para entrar en esta cueva. Sois forasteros, ¿verdad?

Su voz se hizo más suave, pero también más firme. De sus pupilas desapareció el destello salvaje que las animaba. Bob respondió:

—Sí, señor; somos de Rocky Beach.

—Estamos en Crooked-Y, con el señor y la señora Dalton —explicó Júpiter—. ¿Y usted?

—Ben Jackson. Podéis llamarme Ben. ¿Con los Dalton? Buena gente, sí señor. Pasaba por delante de la cueva y me pareció oír gritos. ¿Fue uno de vosotros, eh?

—Así fue —confirmó Júpiter—, pero no nos perdimos. Verá, marcamos el camino para saber siempre cómo regresar.

—¿Marcáis vuestro camino, eh? Eso demuestra que sois listos. Sin duda habríais sido muy buenos en el gran país, durante los viejos tiempos, sí señor. ¿Qué hacéis aquí?

—Queremos averiguar el origen de los lamentos —explicó Bob.

—Pero dejaron de oírse cuando entramos —añadió Pete.

El viejo pareció encogerse. Sus ojos reflejaron preocupación. El cambio fue tan ostensible, que los muchachos lo advirtieron de inmediato.

—¿Gemidos, eh? —Su voz volvió a ser ruda—. La gente cree que ha regresado el Diablo. Pero no es verdad, no señor. Es el Viejo Maldito; eso creo yo.

»El Viejo Maldito vivió en esta cueva mucho antes de que viniesen los blancos —siguió—. El tiempo nada significa para el Viejo Maldito. ¡Salid de aquí, chicos, o el Viejo Maldito os cogerá! ¡Que Jess Dalton se mantenga alejado! Y el *sheriff*, igualmente. ¡Todos! De otro modo, el Viejo Maldito los cogerá.

La voz del viejo resonaba entre las sombras de la caverna. Bob y Pete miraban nerviosos a Júpiter, que observaba intensamente al anciano.

—¿Lo ha visto usted alguna vez, señor Jackson? —preguntó Júpiter—. Me refiero al Viejo Maldito. ¿Lo ha visto usted aquí, en la cueva?

—¿Que si lo he visto? Algo he visto, sí señor. Más de una vez lo he visto.

El anciano miró a su alrededor, preocupado. Luego irguió el cuerpo, se aclararon sus ojos, y su voz retornó a la normalidad.

—Muchachos, será mejor que ahora salgáis conmigo. No podéis seguir chillando aquí dentro, ¿no os parece?

Júpiter aceptó.

—De momento, ya hemos visto suficiente. Usted tiene razón; es fácil perderse en este laberinto.

El viejo encendió la linterna, y el fuerte resplandor disipó la sensación de amenaza que gritaban las sombras.

Minutos después se hallaban en la salida al tranquilo valle. El viejo los acompañó hasta sus bicicletas. Júpiter se detuvo un momento a escuchar. Ningún sonido salía de la cueva. Dieron las gracias a Ben Jackson y se despidieron.

—Sois inteligentes, sí señor —dijo el anciano— pero el Viejo Maldito es más inteligente que nadie. Tened cuidado. Decid a Jess Dalton que el Viejo Maldito vigila, sí señor.

La risa cascada del anciano siguió a los muchachos mientras pedaleaban por el camino a la luz de la luna. Luego de una curva, Júpiter frenó en seco.

—¡Cuidado! —exclamó Pete, al evitar la colisión.

Bob apretó el freno.

—¿Qué hay, Jupe? —preguntó.

—Los Tres Investigadores no renuncian hasta completar su tarea —puso la bicicleta de cara al camino.

—Entiendo que es hora de regresar al rancho —consideró Bob.

—Yo también —se apresuró a decir Pete.

—Dos a uno, Jupe —señaló Bob.

Jupe ya había iniciado el regreso. Bob y Pete lo contemplaron un momento, y, luego, pedalearon tras él. Ambos sabían que no había modo de parar a Júpiter cuando tenía una idea en la cabeza. Alcanzaron al primer investigador en el preciso momento en que asomaba cautelosamente la cabeza en el otro extremo de la curva.

—Camino despejado —anunció—. Vamos.

—¿Qué haremos, Jupe? —preguntó Bob, al ver que su jefe se apeaba de la bicicleta.

—Dejarlas aquí y caminar. Intentaremos pasar inadvertidos.

—Caminar, ¿adonde? —quiso saber Pete.

—Observé que esta carretera rodea la Montaña del Diablo, hacia el mar. Quiero ver si hay alguna entrada por el otro lado.

Bob y Pete lo siguieron entre las sombras del valle.

—Hay tres acertijos que reclaman nuestra atención —comentó Júpiter—. Primero, ¿por qué cesaron los gemidos cuando estuvimos en el interior de la cueva? El viento aún soplaba después de salir de ella.

—¿Sospechas que algo… hizo cesar los gemidos? —preguntó

Bob.

—Estoy seguro —afirmó Jupe.

—¿Qué cosa? —se interesó Pete.

—Quizá algo o alguien que nos vio —replicó Júpiter—. Segundo: Ben Jackson parecía realmente interesado en que saliéramos de la cueva. ¿Por qué?

—Sus cambios me hicieron temblar —confesó Pete, estremeciéndose.

—Sí —musitó Júpiter—, es un viejo muy raro. Da la sensación de poseer dos personalidades diferentes, que viven en épocas distintas. No sé por qué llegué a imaginármelo representando una farsa.

—Tal vez no fuéramos nosotros la causa de su preocupación, Júpiter —dijo el segundo investigador—. ¿Y si realmente ha visto a… el Viejo Maldito?

—Quizá —convino Júpiter—. Y, tercer problema, la cosa negra y reluciente que dejó las marcas en el suelo de la cueva. Sin duda eran de agua. Tal vez haya un estanque en la cueva, pero también es posible que localicemos otra entrada por el lado del océano. Y eso es lo que vamos a averiguar ahora.

La carretera se acabó bruscamente en una verja de hierro. Detrás de ella, dos senderos estrechos, uno a la derecha y otro a la izquierda, conducían hacia la rocosa escollera. Lejos, abajo, la blanca línea rompiente brillaba a la luz de la luna. Los muchachos escalaron la valla y observaron el escarpado risco.

—Iremos hacia la derecha, que es por donde se halla la cueva —indicó Júpiter—. Será mejor que guíe Pete. Yo cerraré fila. Nos ataremos con cuerdas por la cintura, como hacen los montañeros.

Se ataron por las cinturas, y Pete condujo de bajada por el estrecho camino. El mar rompía sus olas entre gigantes rocas negras, que brillaban por el astro lunar. En los puntos bajos del sendero, el agua pulverizada mojó a los chicos. Tres veces tuvieron que girarse de cara a la escollera, para atravesar estrechas pestañas.

El camino descendió bruscamente, y los muchachos se encontraron en una pequeña playa de arena blanca. La playa estaba desierta, si bien era evidente que la gente frecuentaba aquel rincón.

Vieron latas de cerveza vacías, botellas de refrescos y restos de meriendas.

—Revisaremos la escollera por si descubrimos alguna abertura —decidió Júpiter.

En aquella parte abundaban los arbustos y árboles achaparrados, ocultos entre enormes peñas. Con sus linternas encendidas, los muchachos buscaron por todas partes. El esfuerzo resultó baldío.

—Creo que erramos el cálculo, Jupe —advirtió Pete.

—¿Qué sitio sugieres, entonces? —preguntó Bob.

—Te lo diré. Ninguno. Nadie nos habló de otra entrada, y si hay una, será difícil dar con ella.

—¿Dudas de que esté aquí, en la playa? —preguntó Bob—. Pero ha de estar en las inmediaciones. El sendero baja hasta aquí.

—Ahora sabremos quién tiene razón —dijo Júpiter—. Bob sígueme. Buscaremos por el lado derecho. Pete, tú hazlo por el izquierdo.

Las rocas eran resbaladizas debido al agua. Júpiter y Bob tuvieron que avanzar con cautela. El primero enfocaba su linterna a la pared rocosa en busca de una entrada.

Finalmente alcanzaron un punto donde se hacía imposible avanzar más, a no ser a través del agua. Desanimados, se volvieron.

Pete gritó:

—¡Lo encontré!

Bob y Júpiter treparon por las húmedas rocas y corrieron hacia la playa. En el extremo opuesto, hallaron a Pete sobre una enorme roca plana. Entre dos peñas gigantescas vieron una abertura pequeña, casi a nivel del mar.

—Oigo el gemido —anunció Pete—. ¡Escuchad!

Resultaba inconfundible.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Era un lejano y desmayado gemido, como si procediera del centro de la tierra.

Pete enfocó la negra entrada, mojada y muy estrecha.

Capítulo 7

Sonidos en la noche

—Es demasiado estrecho y oscuro, Jupe —dijo inquieto Pete.

—Quizá no vaya a ninguna parte —especuló Bob.

Júpiter no estuvo de acuerdo.

—Tiene que penetrar en la cueva, o no oiríamos el gemido.

—Es muy angosta —insistió Pete. Júpiter se sacudió y se asomó.

—Podemos entrar sin dificultad si tenemos cuidado. Bob, tú eres el más pequeño: te ataremos la cuerda y entrarás el primero.

—¿Yo solo? Creí que entraríamos juntos.

—Sería una equivocación, Bob. Cuando se explora una cueva desconocida, lo correcto es que entre una persona sola mientras los otros permanecen fuera a punto de tirar de la cuerda, si surge algún peligro.

—Por supuesto que sí —añadió Pete—. En las películas de campos de prisioneros que vimos, cuando los soldados cavaban túneles para huir, siempre ataban una cuerda al hombre que se hallaba en el interior. Y si éste tiraba una vez de la cuerda, lo sacaban.

—¡Exactamente! —dijo enojado Júpiter, incapaz de soportar que alguien pusiera en duda la originalidad de sus ideas—. Recuérdalo, Bob, tira fuerte de la cuerda si te hallas en peligro.

No muy convencido, Bob se ató la cuerda alrededor de la cintura. Cautelosamente, se arrastró por el estrecho túnel.

Dentro reinaba la oscuridad y hacía frío. El techo era demasiado bajo para mantenerse en pie, y las paredes, húmedas y resbaladizas, estaban recubiertas de musgo de mar. Mientras avanzaba lentamente, los cangrejos huían presurosos por la húmeda roca

como si temieran la luz de su linterna.

Después de unos diez metros, el techo se elevó de repente. Bob se puso en pie.

—¡Jupe! ¡Pete! ¡Podéis venir! —gritó. Sus amigos llegaron segundos después.

—Aquí está seco —observó Pete.

—Esta parte debe hallarse encima del nivel de las mareas altas —comentó Júpiter—. Yo me cuidaré de hacer las marcas, y vosotros escuchad por si oís los gemidos.

Júpiter trazaba un interrogante a cada diez metros que avanzaban. Pronto alcanzaron una inmensa cavidad de la cual partían numerosas galerías como si la Montaña del Diablo estuviese horadada en toda su extensión.

Los muchachos se miraron desalentados.

—Bien, estamos como antes —dijo Pete.

—Esta montaña parece llena de túneles —comentó Bob—. ¿Quién es capaz de localizar el gemido aquí?

Júpiter no miraba ni la caverna ni sus salidas. Escuchaba.

—¿Alguno de vosotros ha oído el gemido desde que entramos? —preguntó.

Bob y Pete se miraron.

—¡Repámpanos, no! —aseguró Bob.

—No, desde que entramos —convino Pete.

—Ningún gemido mientras me arrastré —añadió Bob.

Júpiter movió la cabeza, pensativo.

—En cuanto entramos, los gemidos callan. Una circunstancia sospechosísima. La primera vez, pudo ser una coincidencia. Pero la segunda… no.

Pete, intrigado, preguntó:

—¿Temes que hacemos algo cuando entramos? Quiero decir, si cambiamos algo sin saberlo.

—Es una posibilidad —reconoció Júpiter.

—Otra explicación sería que alguien nos estuviese viendo —sugirió Bob—. Sin embargo, ¿quién pudo vernos en la playa, de noche?

Júpiter movió la cabeza.

—Admito que no sé explicármelo. Quizá…

De repente oyeron un sonido nuevo. Era un distante

campanilleo, y el
clip-clop,
clop-clop
de un caballo.

—¡Un caballo! —gritó Bob.

Júpiter giró la cabeza, escuchando intensamente. El sonido parecía venir de la pared.

—¡Es den… dentro de la montaña!

Bob protestó.

—¡Imposible, Jupe! Tiene que venir de fuera de la cueva.

Jupe denegó con la cabeza.

—Si mi sentido de orientación es correcto, la otra entrada se halla a nuestra izquierda. Nosotros miramos hacia el centro de la montaña… y no hay túneles en esa dirección.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —suspiró Pete.

—Tienes razón, segundo. ¡Vámonos!

Tan precipitadamente lo hicieron, que chocaron uno con otro en la estrecha salida. Pete llegó primero al túnel y empezó a arrastrarse.

Júpiter y Bob siguieron pegados a él.

Se encontraron con agua hasta las rodillas. Chapotearon por las rocas hasta alcanzar la blanca arena de la playa. Allí se detuvieron jadeantes.

—¿De dónde procedía el ruido? —preguntó Bob.

—Lo ignoro —admitió Júpiter de mala gana—. Pete entiendo que hemos hecho suficiente exploración por esta noche. Regresemos.

Bob y Pete lo siguieron entusiasmados. Casi habían alcanzado la verja de hierro en lo alto de la escollera cuando Júpiter, repentinamente, se detuvo. En la oscuridad, Pete chocó con él.

—¿Qué haces, Jupe?

Éste no contestó. Miraba los dos picos gemelos de la Montaña del Diablo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bob.

—Acaba de ocurrírseme una idea —contestó Júpiter—. También he creído ver algo que se movía allá arriba.

La noche les trajo el sonido de campanillas y el
clip-clop,

clip-clop
de un caballo.

—¡Oh, no! —gimió Bob.

—Es lo mismo que oímos en el interior de la cueva —susurró Pete.

—Eso creo —afirmó Júpiter—. El sonido debe haberse filtrado por alguna grieta de la montaña. Desde aquí es inconfundible su procedencia, si bien dentro de la cueva daba la sensación de producirse en las mismas entrañas del monte.

Los muchachos se agacharon entre los arbustos próximos a la verja, mientras el batir de cascos se hacía cada vez más audible. Al fin apareció un caballo negro de gran alzada en la enhiesta ladera de la Montaña del Diablo. Bajaba al trote y pasó a escasos metros del lugar donde los chicos permanecían agazapados entre los arbustos.

—¡No lleva jinete! —susurró Bob.

—¡Cojámoslo! —propuso Pete.

—De ningún modo —prohibió Júpiter—. Esperemos.

Siguiendo ocultos tras la espesura. De pronto, Pete se enderezó y señaló hacia la ladera. Un hombre bajaba a paso rápido. Al pasar junto a ellos lo vieron nítidamente a la luz del astro nocturno. Era alto, moreno, de larga nariz, con una cicatriz en la mejilla derecha y un parche negro sobre su ojo derecho.

—¿Viste el parche en su ojo? —susurró Pete.

—¿Y la cicatriz? —añadió Bob.

—Me interesó más su traje —respondió Júpiter—. Y a menos que esté equivocado, llevaba una pistola debajo de la americana.

—¿Nos vamos ya, Jupe? —preguntó nervioso Pete.

—Sí, será lo más acertado. La noche ha resultado interesantísima.

Pete y Bob no necesitaron de ruegos. Mientras corrían por la carretera hacia donde habían dejado sus bicicletas, miraban detrás de ellos angustiados, sin que vieran nada más. Cuando ya pedaleaban con energía, un largo lamento resonó en la noche.

—¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Tampoco necesitaron exigir un mayor esfuerzo a sus piernas, que solas aumentaron el frenético ritmo de las pedaladas.

Capítulo 8

¡El Diablo!

A Pete lo despertó el brillante sol. Extrañado, miró a su alrededor, y halló que la habitación no le era familiar. ¿Dónde estaba? Un caballo relinchó en alguna parte, y el mugido de una vaca le hizo coro. Entonces recordó que se había acostado en uno de los dormitorios en el piso superior del rancho Crooked-Y. Se inclinó sobre el borde de su litera para ver qué hacía Júpiter. Pero el jefe no estaba allí.

Al incorporarse de prisa, se golpeó la cabeza con el techo.

—¡Uy! —se quejó.

—¡Chist! —murmuró Bob desde su litera al otro lado de la habitación, señalando hacia la ventana.

Allí, Júpiter, sentado sobre sus piernas cruzadas, parecía un pequeño Buda en traje de baño. Una gran hoja de papel se hallaba extendida sobre el piso, y en su centro cuatro libros amontonados. Júpiter había trazado multitud de líneas a lápiz.

Pete comprendió que su jefe había dibujado un rudimentario croquis del Valle de los Lamentos, señalando las entradas a la cueva. Bob le explicó que llevaba una hora sentado allí.

—¡Sopla! —exclamó Pete—. Yo no aguantaría ni diez minutos.

La intensa capacidad de concentración del primer investigador siempre sorprendía a sus amigos. Júpiter habló:

—Trato de fijar la exacta disposición topográfica del Valle de los Lamentos, Pete. La llave de nuestro acertijo está en su orografía.

—¿Qué? —inquirió Pete.

—Jupe se refiere a que el misterio puede solucionarse estudiando la distribución del terreno —explicó Bob.

—¡Ah! —exclamó Pete—. ¿Por qué no dijo eso?

Sin hacerle caso, Júpiter continuó:

—El verdadero misterio radica en la razón por la cual paran los gemidos cuando entramos en la cueva. Nos sucedió dos veces anoche, y, no obstante, volvieron a oírse al marcharnos de allí.

Júpiter cogió un periódico, y luego prosiguió:

—Aquí hay un artículo sobre la repentina vuelta de los gemidos. El *sheriff* afirma que nadie ha logrado identificar esos gemidos. Ellos también dejaron de oírlos una vez dentro de la cueva.

Dejó el periódico sobre el suelo.

—Ahora sé que el gemido no enmudece por mero accidente.

—Seguro que estás en lo cierto —dijo Bob—. Que se repitiera cuando nos íbamos, hace sospechar que alguien nos vigilaba.

—Y, ¿cómo esperas solucionar el problema con la ayuda de ese plano, Jupe? —preguntó Pete.

Júpiter observó el rudimentario mapa.

—He marcado todos los lugares en que estuvimos anoche. Ahora sabemos que una vez dentro de la cueva, los lamentos cesan de inmediato. Pero quien sea, no puede vernos si está en el interior.

Bob movió la cabeza.

—Lo entiendo. Nos vigilaban y éramos vistos antes de entrar.

—Exacto. Y según se desprende del croquis, sólo hay un sitio desde el cual podían localizarnos, cualquiera que fuese el lugar donde nos hallásemos: la cima de la Montaña del Diablo.

—En tal caso, debemos decir al señor Dalton que detenga a la persona apostada en la Montaña del Diablo —propuso Pete.

Júpiter movió negativamente la cabeza.

—No, Pete. Nadie nos creería a menos que detuviesen al hombre, cosa imposible si no se llega a la cima sin ser visto. El vigía puede huir, tan pronto se percate del riesgo.

—Entonces… —empezó Bob.

—Cómo… —intervino Pete.

—Tendremos que observar lo que realmente sucede en la cueva —cortó solemne Júpiter—, si queremos explicar a la gente la historia completa.

—Creemos saber lo que sucede en el interior de la cueva —objetó Pete—. ¿O acaso no es así?

—En absoluto. Sin embargo, tengo un plan —reveló Júpiter—. Y

también una pista.

—¿Ah, sí? —bromeó Pete.

—Anoche encontré esto en uno de los pasadizos —Júpiter mostró una piedra negruzca—. Aquel pasadizo no es otra cosa que el viejo túnel de una mina. Hallé la piedra donde queda bloqueado.

Bob cogió la piedra y la observó con expresión intrigada. Luego se la dio a Pete.

—Y, ¿qué es esto, Jupe? Me refiero a esta piedra resbaladiza y dura.

—Rasca el cristal de la ventana —invitó Júpiter.

—¿Estás loco?

—Hazlo, Pete —apremió Júpiter con expresión divertida en su redonda faz.

Pete se acercó a la ventana y rascó el cristal, hallando que la piedra penetraba en él con la misma facilidad que un cuchillo en la mantequilla.

El muchacho emitió un silbido.

—¡Jupe! —exclamó Bob—. ¿Quieres decir que se trata de un…?

—Diamante —acabó el jefe—. Sí, lo es. Se trata de un diamante en bruto. Y, por añadidura, grande. Quizá sea de mala calidad, y sólo apto para uso industrial. Pero es diamante.

—¿Sospechas que la Cueva del Diablo es una mina de diamantes? —preguntó Bob, escéptico.

—Hace algún tiempo que se rumorea…

Un vigoroso golpe en la puerta lo interrumpió. La señora Dalton gritó:

—Apresuraos, muchachos. El desayuno está sobre la mesa.

La mágica invitación hizo que se olvidasen de todo, al descubrirles cuan hambrientos se hallaban. Cinco minutos después estaban en la cocina del rancho. El señor Dalton y el profesor Walsh les sonrieron.

—Bien, compruebo que el Valle de los Lamentos y su misterio no ha afectado vuestro apetito, muchachos —comentó el profesor.

La señora Dalton atendió a los tres amigos, que no tardaron en saborear suculentos panecillos de trigo negro y jamón, acompañados de leche fresca.

—¿Estáis dispuestos a trabajar hoy? —preguntó el señor Dalton.

—Claro que sí —contestó su esposa—. ¿Por qué no los llevas al

prado norte a recoger heno?

—Buena idea —convino el ranchero—: Después podrán ayudar en el rodeo de los animales.

Los Tres Investigadores conocían a través de la lectura lo que era un rancho, y comprendieron que el señor Dalton se refería a buscar ganado perdido en lugares remotos.

—¿Os gustó el paseo de anoche por la playa, muchachos? —preguntó Walsh—. ¿Qué hallasteis?

—Realizamos una interesante expedición —contestó Júpiter—. Por cierto que hablamos con un hombre muy extraño. Se llama Ben Jackson. ¿Lo conoce usted, señor Dalton?

—El viejo Ben y su socio Waldo Turner se dedican a buscar minas. Sin duda en sus años jóvenes recorrieron todo el Oeste.

—Según los chismes locales —intervino la señora Dalton— acudieron a esta región atraídos por las noticias del hallazgo de oro. Todo fue un bulo, pero el viejo Ben y Waldo no renunciaron. Tienen su choza en nuestro suelo y se consideran exploradores. No les gustan las visitas, si bien no rechazan la ayuda de los rancheros, que ellos denominan «provisiones recibidas a cambio de futuros beneficios». No les gusta ser objeto de caridad.

—Son famosos en esta región —intervino el profesor.

—Y saben fantásticas historias —se sonrió el señor Dalton—. Desde luego, resultan algo excéntricos. Sus relatos son meras fantasías. Suelen hablar de sus luchas contra los indios, que dudo sean ciertas.

—¡Recáspita! ¿Nos mintió al hablarnos de eso, entonces? —exclamó Pete.

Antes de obtener respuesta, se abrió la puerta posterior de la cocina. El capataz, Luke Hardin, entró precipitadamente.

—Acaban de encontrar al joven Castro en el Valle de los Lamentos —anunció.

—¿A Castro? —preguntó Dalton, preocupado.

—Anoche se cayó de su caballo, mientras cabalgaba en busca de ganado extraviado. Estuvo tendido allí toda la noche.

—¿Está bien? —preguntó la señora Dalton.

—El médico dice que sí, aunque se lo llevaron al hospital de Santa Carla.

—Iré a verlo ahora mismo —Dalton se puso en pie.

—Los hombres parecen hallarse algo nerviosos —añadió Hardin, sombrío el rostro—. Dos de ellos acaban de anunciarme que se despiden. Castro aseguró que vio moverse algo en el Valle de los Lamentos. Cuando trató de averiguar lo que era, se espantó su caballo, que lo derribó. Sufre magulladuras y dislocación de un tobillo.

Los Dalton se miraron inquietos. Júpiter dijo:

—¿Se trata de un caballo grande y negro, señor Hardin?

—Sí, Big Ebony es un buen caballo. Regresó al corral esta mañana, y por eso salimos en busca de Castro —respondió el capataz.

El señor Dalton preguntó a su vez:

—¿Visteis a Big Ebony anoche, muchachos?

—Sí, señor —aclaró Júpiter—. Vimos un caballo negro de gran alzada sin jinete.

—Cuando se descubre un caballo sin jinete, debe comunicarse en el rancho —habló severo el señor Dalton—. En este caso, nos hubiera permitido encontrar mucho antes a Castro.

—Lo hubiéramos hecho, señor, de no haber visto también a un hombre que lo seguía. Supusimos que se trataba de su dueño. Era un hombre alto, con una cicatriz en la mejilla derecha y un ojo tapado.

El señor Dalton sacudió la cabeza.

—Jamás oí una descripción igual.

—¿Alto y con un ojo tapado? —inquirió el profesor Walsh—. Suena amenazador, pero no es el Diablo. También era alto, pero no llevaba tapado un ojo.

El señor Dalton se encaminó a la puerta.

—Luke, tranquilice a los hombres, si puede. Me uniré a usted en el prado norte después de visitar a Castro. Hablaré al *sheriff* del hombre que los chicos vieron.

Júpiter preguntó:

—Si va usted a la ciudad, señor, ¿le importaría llevarme? Quiero regresar a Rocky Beach.

—¡Vaya Júpiter! ¿Nos dejas ya? —preguntó la señora Dalton.

—¡Oh, no! Es que necesitamos nuestro equipo de inmersión. Localizamos un lugar excelente donde recoger muestras que nos interesan muchísimo para nuestros estudios de biología marina.

Bob y Pete miraron a Jupe. No recordaban haber visto nada que les interesara para realizar semejantes estudios. Empero se callaron. De nada habría servido preguntar a Jupe sobre su proyecto.

—No puedo llevarte hoy —respondió el señor Dalton—, y menos prescindir de un hombre y el camión. Te aconsejo que esperes unos días.

—Gracias, pero si me deja en la ciudad, viajaré en el autobús. Ya encontraré quien me traiga de regreso.

—Entonces, apresúrate —el señor Dalton se dirigió a la puerta.

La esposa miró a Bob y Pete.

—Chicos, será mejor que busquéis un entretenimiento. Después de lo ocurrido, el señor Dalton no tendrá tiempo de trabajar con vosotros.

—Nos arreglaremos solos —contestó Bob.

Los muchachos subieron a su dormitorio. Júpiter recogió lo necesario para su regreso a Rocky Beach. Mientras lo hacía contó su propósito a sus dos camaradas.

—Necesito que vayáis a Santa Carla, donde compraréis una docena de velas grandes y tres sombreros mexicanos. En las fiestas de Santa Carla se venden muchos sombreros. Decid a los Dalton que iréis a ver la cabalgata de la fiesta.

—¿Tres sombreros? —inquirió Pete.

—Exacto. Después de eso, Bob se llegará a la biblioteca para leer la historia de la Montaña del Diablo y el Valle de los Lamentos. Quiero todos los detalles.

—Averiguaré lo que pueda —aseguró Bob—. ¿Qué pretendes con tu regreso a Rocky Beach?

—Traeré los equipos de inmersión, como dije. También me propongo llevar el diamante a Los Ángeles, y que lo examine un experto.

El señor Dalton llamó desde abajo:

—¡Júpiter! ¿Preparado?

Los chicos se apresuraron escaleras abajo, y Júpiter subió a la cabina del camión. Bob y Pete contemplaron cómo se alejaba, ignorantes de lo que Jupe planeaba hacer con el equipo.

Ayudaron a la señora Dalton en la cocina durante una hora. Bob le pidió luego la tarjeta de socio de la biblioteca, y se fueron en bicicleta a Santa Carla.

—Disfrutad de la fiesta, muchachos —les gritó la señora Dalton.

En realidad, Bob y Pete apenas se hallaban interesados en ver la famosa fiesta de Santa Carla. La carretera del rancho serpenteaba a través del inmenso valle interior, rodeado por las pardas montañas de la California del Sur. El sol calentaba de firme, y no había agua en los pequeños riachuelos. También hallaron el amplio lecho del río de Santa Carla completamente seco. Sin embargo, las plantas crecían en la superficie, tostada por el sol.

La carretera subía hacia el paso de San Mateo. Bob y Pete se apearon de sus máquinas y caminaron por curvas peligrosas. El monte parecía dormido a la derecha, vigilado por la escollera a la izquierda. Los chicos avanzaban lentamente bajo los rayos del sol. Después de un largo y caluroso pedaleo llegaron a la parte alta del paso.

—¡Truenos! ¡Mira aquello! —gritó Pete.

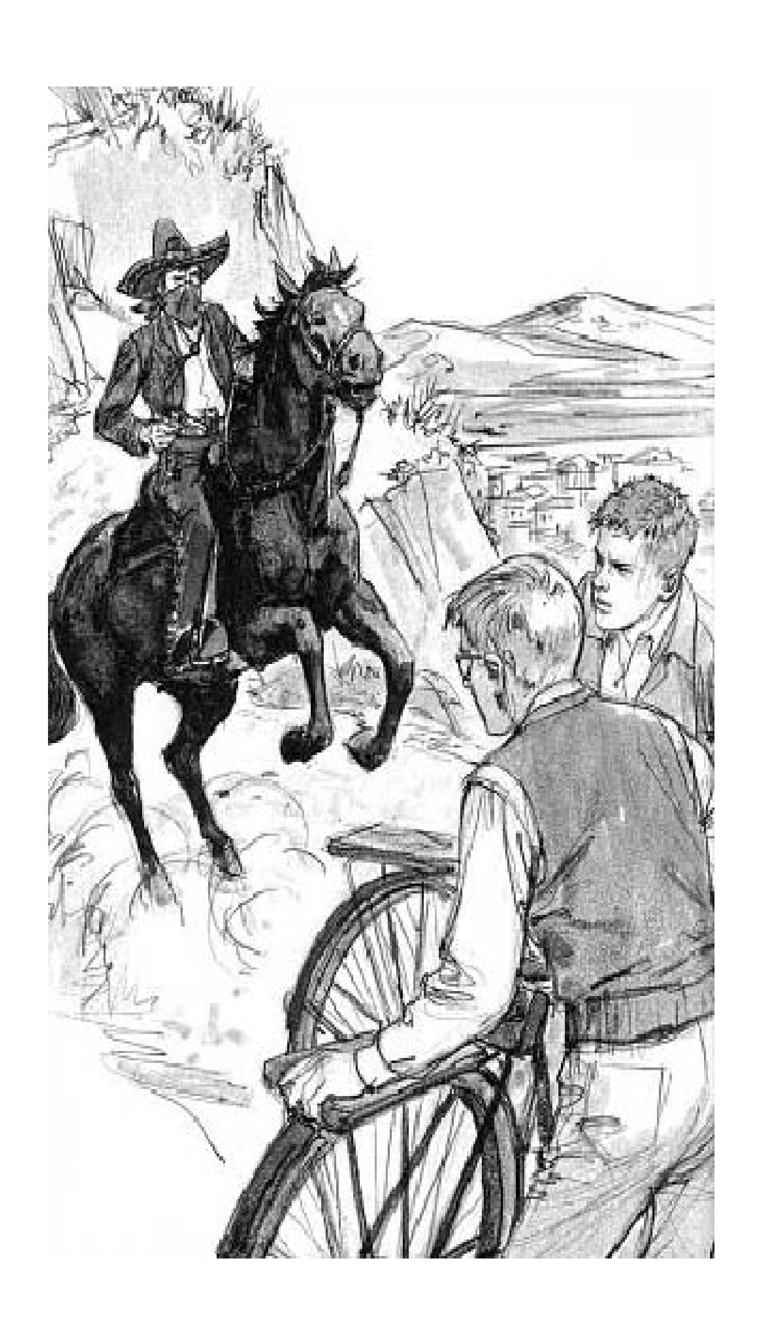
—¡Repámpanos! —exclamó Bob, casi al mismo tiempo.

Ante sus ojos se extendía un panorama fantástico. Las montañas disminuían hasta convertirse en una amplia faja llana extendida hasta el agua azul del océano Pacífico. La ciudad de Santa Carla brillaba al sol. Sus casas parecían diminutas cajas en la gran extensión verde. Las barcas se balanceaban en la azul superficie líquida, donde las montañosas islas del canal parecían flotar.

Los muchachos se hallaban extasiados en la contemplación de la bella panorámica. De repente, sonaron atronadores golpes de herradura. Ambos se giraron con presteza y vieron a un jinete que galopaba hacia ellos. Montaba un gran caballo negro con una brida guarnecida de plata y silla de charro con incrustaciones del mismo metal. Su gran pomo relucía.

Los muchachos se quedaron pasmados al ver que el caballo se dirigía en línea recta hacia el lugar que ocupaban. El jinete era bajo y delgado, con ojos oscuros y negro sombrero, una chaquetilla negra corta, y un negro pañuelo que le cubría la mitad inferior del rostro. Llevaba una pistola en la mano con la cual los apuntaba.

¡El Diablo!



Capítulo 9

Ataque repentino

El caballo negro se encabritó junto a los paralizados muchachos, moviendo sus cascos salvajemente en el aire. El jinete agitó su pistola, y gritó:

—¡Viva la fiesta!

Luego se quitó el pañuelo negro y mostró un rostro infantil lleno de picardía.

—¡Venid a la fiesta! —gritó de nuevo, y se alejó al galope hacia Santa Carla.

Pete y Bob se quedaron con la boca abierta.

—¡Es un traje de fiesta! —gimió Pete.

Se miraron, y se rieron aliviados. Los había asustado un chico disfrazado.

—Apuesto que hay diez diablos en la fiesta —dijo Bob.

—Prefiero no tropezarme con ninguno de ellos en callejones oscuros —comentó Pete.

Volvieron a montar en sus bicicletas, y atacaron el largo descenso por la serpenteante carretera. Al fin llegaron a Santa Carla. Poco después estacionaban sus máquinas frente a la biblioteca pública, adentrándose a pie por la calle Unión, principal vía de Santa Carla, bloqueada entonces en espera del gran desfile. La gente aguardaba ya detrás de las barreras. Muchos vestían los coloridos trajes de la época española.

Bob y Pete se apresuraron a realizar sus compras en una tiendecilla que vendía recuerdos. Adquirieron una docena de velas blancas y tres sombreros de paja. Luego se precipitaron a la acera con el tiempo justo de presenciar la llegada de la primera banda,

que desfilaba al compás de sus trompetas y redobles de tambor.

Detrás de la banda siguieron las carrozas repletas de ornamentos florales y jóvenes de ambos sexos, destacando la belleza de ellas. Las carrozas alegorizaban momentos importantes de la historia californiana.

Una estaba dedicada al padre Junípero Serra, misionero franciscano fundador de la mayoría de misiones que se extendían a lo largo de la costa de California. Otra representaba a John C. Fremont, en el momento de izar la bandera sobre Santa Carla, después de ser arrebatada a México. Una tercera mostraba a el Diablo en su espectacular fuga. Había cinco diablos en la carroza. Uno de ellos, el mismo sonriente joven caballista que los había sobresaltado poco antes.

—¡Mira los caballos! —exclamó Bob.

—Me gustaría cabalgar así —Pete contemplaba admirado a los caballistas.

Ambos muchachos eran buenos jinetes, si bien les faltaba mucho para ser perfectos. Los rancheros vestían trajes españoles, junto a la policía montada. Algunos caballos ejecutaban difíciles pasos de danza.

También desfilaban carromatos cubiertos y antiguas diligencias. Una carroza se refería a los días de la fiebre del oro. Bob apretó un brazo de Pete.

—¡Mira! —susurró, señalando hacia dos hombres que caminaban junto a las carrozas.

Éstos eran seguidos de un burro cargado con provisiones, palas y picos. A uno le reconocieron como el anciano barbudo de la cueva: Ben Jackson.

—El otro debe ser Waldo Turner —opinó Bob.

Los dos buscadores parecían complacer a la multitud. Iban ataviados como verdaderos exploradores, sin prescindir del polvo y suciedad. Ben era el jefe. Destacaba su barba blanca, y cojeaba orgullosamente al tirar del burro. Waldo Turner, más alto y delgado, lucía bigote lacio.

Las carrozas seguían a las bulliciosas bandas de música, y los chicos se hubieran olvidado por completo de su misión, de no ser porque Pete descubrió algo inesperado.

—¡Bob! —susurró premioso.

Su compañero alzó la cabeza y allí, a escasos metros, vio a un hombre alto con una cicatriz y un ojo cubierto. Parecía no interesarle en absoluto el desfile. De repente, se puso en marcha, y, presuroso, desapareció por la calle Unión.

—Vamos —sugirió Pete.

Desde la esquina lo vieron a unos diez metros delante de ellos. Caminaba de prisa, si bien de cuando en cuando se detenía, como si estuviera pendiente de algo que lo precediera.

—Sospecho que sigue a alguien —observó Bob.

—¿Puedes ver a quién?

—No. Inténtalo tú, que eres más alto.

Pete se alzó de puntillas, sin conseguir ver a quien el otro parecía seguir.

—Se dispone a entrar en un edificio —informó Pete.

—Es la biblioteca —exclamó Bob.

El hombre desapareció por las altas puertas dobles, y los chicos se precipitaron tras él. La biblioteca estaba casi desierta debido a la festividad del día.

No obstante, el hombre alto con el ojo tapado, había desaparecido.

La sala principal era grande, con muchas estanterías y comunicaciones a otras dependencias. Rápidamente miraron por los pasillos. Después se dedicaron a localizar las salidas. Entonces averiguaron que la biblioteca tenía dos puertas, y que una conducía a una calle de segundo orden. El hombre alto se había marchado.

—No está —dijo Pete.

—Debimos separarnos y rodear el edificio. Júpiter hubiera recordado que la mayoría de bibliotecas tienen más de una entrada —afirmó Bob, dolido del fracaso.

—Ya no hay remedio —se lamentó Pete—. En todo caso realizaremos las averiguaciones que desea Júpiter.

Preguntaron dónde podían encontrar libros que hablasen de la localidad. El bibliotecario, hombre simpático, los acompañó a la sala donde había una colección especial de la historia de California. De repente, una pesada mano cayó sobre el hombro de Pete.

—¡Vaya, vaya! Si son nuestros jóvenes investigadores.

El profesor Walsh, en pie tras ellos, parpadeó a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Buscáis información, muchachos?

—Sí, señor —explicó Pete—. Queremos documentarnos sobre todo lo relativo al Valle de los Lamentos.

—Estupendo, pareja. Eso es precisamente lo que yo estoy haciendo. Sin embargo, no he tenido mucha suerte. Sólo encuentro leyendas increíbles. ¿Habéis presenciado el desfile de carrozas?

—Sí, señor —afirmó Pete, entusiasmado—. Los caballos que lucen son magníficos.

—Es una fiesta agradable —convino el profesor—. Me llegaré a verlos ya que la suerte no me acompaña aquí. ¿Cómo pensáis regresar al rancho, muchachos?

—Trajimos nuestras bicicletas, señor —repuso Bob.

—Entonces, ya nos veremos más tarde.

Cuando el profesor se marchaba, Bob preguntó:

—¿Por casualidad no vio a un hombre alto con un ojo cubierto mientras estuvo aquí en la biblioteca?

El otro se volvió y denegó con la cabeza.

—No, muchachos. No lo vi. ¿Os referís al mismo hombre que visteis anoche?

—Sí, señor —afirmó Pete.

—¿Aquí, en la ciudad? —el profesor Walsh se quedó pensativo —. No, no lo he visto —dijo, y se fue.

Bob y Pete se pusieron a trabajar. Tres o cuatro libros mencionaban el Valle de los Lamentos, pero ninguno les reveló nada que ignorasen. Bob descubrió un librito, con páginas amarillentas y arrugadas, con la historia completa del Valle de los Lamentos, hasta el año 1941. Había sido puesto por equivocación en otra estantería, y quizá por eso no fue advertido por el profesor Walsh. Lo registraron en la tarjeta de la señora Dalton y se lo llevaron.

Fuera, hacía calor y la cabalgata llegaba a su fin. La gente empezaba a diseminarse por el centro de la ciudad. Los dos investigadores ataron sus compras en los portaequipajes de sus bicicletas e iniciaron el camino de regreso. No tardaron en enfilar la interminable subida del paso de San Mateo. Pedalearon de firme un buen trecho y luego continuaron a pie.

Se detuvieron a descansar, y desde su atalaya contemplaron las islas del canal, nebulosas debido a la distancia.

—Me gustaría ir a aquellas islas —dijo Pete.

—Suelen llevar ganado a algunas de ellas —explicó Bob.

Cerca de las islas divisaron los barcos de guerra.

Un automóvil se acercaba a ellos por la carretera procedente de Santa Carla. Los muchachos, ensimismados en la contemplación del océano, no prestaron atención al vehículo hasta que, repentinamente, y debido al raspeo del motor advirtieron que viajaba a toda velocidad.

Se giraron raudos y descubrieron que el turismo, casi fuera de la carretera, venía en línea recta hacia ellos.

—¡Salta, Bob! —gritó Pete.

Esquivaron a tiempo al lanzado vehículo, que pasó vertiginoso junto a ellos, para entrar de nuevo en la carretera y alejarse veloz.

El impulso incontrolado al saltar, los llevó a la pendiente del profundo barranco sobre cuyo borde se hallaban, y al no poderse sujetar en nada, rodaron hacia abajo.

Capítulo 10

Júpiter expone su plan

Pete rodó por la enhiesta ladera entre rocas y maleza que desgarraron su ropa. Intentó asirse a los arbustos, desesperado y temeroso de caer por un corte vertical de la pendiente. Por desgracia, la vegetación apenas tenía consistencia y no aguantaba su peso impulsado. Se hallaba sólo a un metro del precipicio cuando su cuerpo quedó frenado en el tronco de un árbol retorcido.

—¡Uf! —Gruñó, cerrando instintivamente sus dedos alrededor del grueso tronco.

Durante un momento se quedó quieto. Podía escuchar su agitada respiración. De repente, advirtió que estaba solo.

—¡Bob! —gritó.

No obtuvo respuesta. Debajo de él se abría un abismo.

—¡Bob! —llamó enloquecido.

Entonces oyó un movimiento a su izquierda. El rostro del tercer investigador asomó por entre la espesa vegetación.

—Estoy bien… supongo. Me hallo en una especie de margen. Pero… no puedo mover la pierna.

—Intenta moverla poco a poco.

Pete aguardó tenso, pendiente del amortiguado movimiento entre la maleza donde se hallaba su amigo. Al fin Bob exclamó más fuerte:

—Quizá no tenga importancia. Puedo moverla. Caí sobre ella. Me duele, aunque no mucho.

—¿Puedes arrastrarte hacia arriba?

—No sé, Pete. Es muy empinado.

—Y si resbalamos… —Pete no terminó de expresar su temor.

—Será mejor que pidamos auxilio.

—Y a pleno pulmón —añadió Pete.

Abrió la boca para gritar, pero sólo emitió un leve susurro. En aquel preciso momento descubrió un rostro asomado al borde de la carretera. Aquel rostro tenía una desagradable cicatriz y un ojo tapado.

Los chicos y el hombre se miraron fijamente por espacio de diez segundos. Repentinamente, el desconocido desapareció. Lo oyeron correr, luego un motor que se ponía en marcha y el chirrido de neumáticos al salir disparado el coche.

Apenas extinguido el ruido del motor, les llegó el de otros vehículos que se aproximaban.

—¡Chilla, Bob!

Ambos se esforzaron en ser oídos. Sus gritos fueron ampliados por el eco, y unos frenos lanzaron su queja metálica sobre la crujiente grava de la carretera. La faz amable de dos hombres apareció sobre el borde del precipicio.

Una gruesa cuerda voló hacia Pete, que se ató por la cintura, y acto seguido fue izado hasta la carretera. La cuerda voló de nuevo, y un rato después Bob estaba junto a Pete.

El tercer investigador se examinó la pierna, y comprobó que sólo había sufrido un esguince. El vehículo que se había detenido era un camión. El chófer se ofreció a llevarlos hasta el rancho Crooked-Y. Quince minutos después se apeaban con sus bicicletas delante de la verja del rancho. Dijeron adiós al conductor, y caminaron hasta el porche de la casa.

La señora Dalton que los vio, gritó:

—¡Cielos! ¿Qué ha sucedido?

Pete empezó a narrar lo sucedido, pero un puntapié de Bob lo hizo enmudecer.

—Descendíamos a mucha velocidad, y nos caímos, señora —explicó Bob—. Parece que me he lastimado la pierna, y un buen hombre nos trajo en su camión.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —preguntó la señora Dalton—. Déjame verla.

Como la mayoría de las mujeres que viven en el campo, la señora Dalton era una excelente enfermera. Luego de reconocer la pierna de Bob, aseguró que sólo se trataba de una ligera torcedura.

Si bien no era preciso la intervención de un médico, Bob tendría que hacer reposo. La buena mujer lo instaló en el porche en un cómodo sillón, y le trajo una limonada.

—Tú sí puedes trabajar, Pete —dijo ella—. El señor Dalton no ha regresado, y convendría echar heno a los caballos.

—Sí, señora —accedió presuroso Pete.

Bob, sentado a la sombra con una pierna sobre una silla sonrió a su amigo, que, bajo el ardiente sol, trabajaba sin descanso. Éste le miró ceñudo, si bien terminó por considerar que no le importaba. En realidad, sentíase a gusto ejercitando sus músculos al calor del sol.

Antes de la cena, el camión pequeño de Patio Salvaje, conducido por el rubio Konrad, trajo a Júpiter. Pete lo ayudó a descargar el equipo de inmersión, que guardaron en el pajar, junto con otro paquete misterioso.

Konrad se quedó a cenar y el señor Dalton admiró la estatura y músculos del ayudante bávaro de tío Titus.

—¿Le gustaría vivir en el rancho, Konrad? —preguntó el señor Dalton—. Si estuviera conmigo, no me importaría perder cinco trabajadores.

—Si se encuentra en apuros, posiblemente el señor Titus no se oponga a que vengamos a ayudarle Hans y yo, unas semanas.

El señor Dalton se lo agradeció.

—Espero no llegar a ese extremo. En realidad, confío en que pronto se solucionarán mis problemas. Castro se ha recuperado mucho, y me ha prometido hablar a los hombres cuando lo den de alta en el hospital.

—Agradable noticia, Jess —contestó la esposa.

Pero el ranchero manifestó su pesimismo.

—Dudo que lo haga a tiempo. Los hombres se irán si se repiten los accidentes. El *sheriff* no logra avances positivos, según me explicó el Diablo no tenía hijos, y tampoco ha identificado al hombre que vieron los chicos.

—Confío en una pronta explicación —terció el profesor Walsh—. La razón prevalecerá sobre la superstición, en cuanto los hombres se paren a pensar. El tiempo es el mejor calmante.

—Me gustaría confiar en eso —deseó el ranchero. Los hombres hablaron de otros problemas. Luego de la cena, Konrad regresó a

Rocky Beach y el profesor Walsh se retiró a preparar una conferencia para la universidad; los Dalton se enfrascaron en resolver las cuentas del rancho, y los Tres Investigadores se retiraron a su cuarto.

Tan pronto cerraron la puerta, Bob y Pete rodearon a Júpiter.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió Bob.

—¿Era un diamante? —preguntó Pete. Júpiter se sonrió.

—Es un diamante, tal como supuse. Un gran diamante útil para uso industrial, sin mucho valor crematístico. El joyero de Los Ángeles se sorprendió cuando le dije dónde lo había descubierto. Le resultaba difícil creerlo. Según su opinión, la piedra es de procedencia africana. Se quedó con ella, para hacer varias pruebas. Me llamará tan pronto complete su estudio.

—¡Estupendo! —exclamó Pete.

—¿Conseguisteis las velas y los sombreros?

—Por supuesto que sí —afirmó Pete.

—Y un libro del Valle de los Lamentos —añadió Bob.

Los dos ayudantes explicaron al jefe las incidencias del viaje a Santa Carla, y lo ocurrido al regreso.

—¿Apuntasteis el número de matrícula del coche? —quiso saber Júpiter.

—Nos fue imposible —aclaró Pete—. Pero observé que la placa no era corriente, sino azul y blanca.

—Hum —musitó Júpiter—, probablemente una placa de Nevada. ¿Y dices que el hombre de la cicatriz se asomó a observaros?

—Probablemente regresó con la sana intención de rematar su tarea. Por fortuna para nosotros, la llegada de otros vehículos le obligó a marcharse —habló en tono enojado Pete.

—Puede que sí —admitió Júpiter—. ¿Y también visteis al profesor en la ciudad?

—Y al viejo Ben y a su ayudante Waldo —añadió Bob.

—Ese lugar no se halla muy lejos del rancho —musitó Júpiter—. Cualquiera pudo trasladarse allí en pocos minutos y regresar sin que advirtieran su ausencia.

—Estoy de acuerdo —convino Bob.

—Aun así —continuó pensativo Júpiter—, una matrícula de Nevada resulta interesantísima. Según sabemos, los que viven cerca

de este rancho tienen vehículos con matrículas de California.

—¿Y no habrá alguien a quien no conozcamos? —preguntó Pete.

—Por supuesto que sí —admitió Bob—. El hombre del ojo tapado.

—Al menos, eso parece —corroboró Júpiter—. Ahora debemos ponernos a trabajar. Antes quiero leer ese libro del Valle de los Lamentos. Mientras, vosotros revisaréis el equipo de inmersión. Envolved los tanques en algo que los disimule, y colocadlos en los portaequipajes de las bicicletas, junto con las velas, los sombreros y el paquete que traje.

—¡Dinos tu plan! —Exigieron sus ayudantes.

—Os lo diré por el camino —prometió Júpiter, consultando su cronómetro—. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar al Valle de los Lamentos antes de la puesta del sol. Esta noche pretendo resolver el misterio del dichoso valle.

Media hora después, el primer investigador bajaba al pajar con el libro, que mostró a Bob y Pete.

—Creo que he averiguado parte de la respuesta —anunció—. Según leo aquí, hace unos cincuenta años cerraron muchos túneles de la vieja mina de la Montaña del Diablo. Nunca hallaron oro, plata ni metal alguno. Esa fue la razón de que cegaran los túneles. Y hace cincuenta años que dejaron de oírse los lamentos.

—¿Sospechas que hayan abierto algunos de ellos, y que el aire al pasar origina el gemido? —preguntó Bob.

—Eso creo —afirmó Júpiter—. La cuestión es cómo y por qué. ¿Estáis a punto?

—A la orden, jefe —respondió Pete.

—Bien, salid del pajar con los sombreros puestos.

Los muchachos se tocaron con los sombreros de paja de ancha ala, equilibraron los pesados tanques disimulados con sacos y montaron sus bicicletas. Éstas resultaron difíciles de manejar debido al peso.

—¡Oooh! —gritó Bob, dolorido.

—¿Te duele el tobillo, Bob? —preguntó solícito, Pete.

—Es el peso —dijo Júpiter.

Bob asintió.

—No podré llevarlo, Júpiter. Habré de quedarme. Júpiter pensó un instante.

—No, no te quedarás, Bob. Quizá este contratiempo se transforme en una ventaja. Al menos nuestra decepción parecerá convincente.

—¿Qué decepción? —quiso saber Pete.

—Utilizaremos la táctica militar de los campos de fuego y leños que parecen cañones —explicó Júpiter—. Bob, descarga tu equipo. Sin el peso podrás pedalear.

Y así fue. Cuando descargado el equipo, logró pedalear sin más contratiempo. La señora Dalton los saludó desde el porche.

—Divertiros, muchachos, y no vengáis demasiado tarde. ¡Tened mucho cuidado!

Una vez lejos del rancho, pedalearon con fuerza. Cuando alcanzaron la verja de hierro al final de la carretera, llevaron los paquetes y bicicletas a la espesa maleza.

—Ahora —dijo Júpiter, escuchad mi plan—. Vamos a entrar en la cueva sin ser vistos.

Pete asintió.

—Entendido. Cogeremos a los gemidos por sorpresa.

—Así es. Y, desde luego, si mi teoría es correcta, somos vigilados estrechamente ahora mismo.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. Entonces, ¿cómo lo haremos?

—Sumergiéndonos —explicó Júpiter—. Utilizaremos los equipos. Según mis cálculos la marea de esta noche cubrirá la entrada del túnel.

—De acuerdo, Jupe —convino Bob—. ¿Y cómo entraremos en el agua sin ser vistos, si somos vigilados ahora?

El primer investigador exclamó triunfal:

—Usaremos la táctica del reclamo. Los ejércitos primitivos solían encender fuegos de campamento durante la noche. Y se deslizaban en la oscuridad.

—La verdad, yo… —empezó Pete.

—Escuchad —continuó Júpiter—. Anoche observé que la senda de la derecha es visible desde lo alto de la Montaña del Diablo, y la de la izquierda queda oculta. Vamos, avancemos sin precauciones a campo abierto.

Escalaron la verja de hierro y continuaron su descenso por la vereda de la izquierda. Tan pronto quedaron ocultos a ojos

indiscretos situados en lo alto de la montaña, Júpiter ordenó:

—Alto aquí.

Dejaron en tierra los tanques de aire, y Júpiter abrió el paquete secreto.

—¡Se trata de ropas viejas! —exclamó Pete.

—¡Idénticas a las que llevamos! —añadió Bob.

—Exacto —confirmó Júpiter—. Rellenadlas de maleza y atad los brazos y piernas con este cordel.

Bob y Pete obedecieron las indicaciones de Jupe. Al poco rato dispusieron de dos muñecos parecidos al primero y segundo investigador.

—¡Y los sombreros ocultarán nuestros rostros! —dijo Pete.

—Eso pretendo —afirmó Júpiter—. Quienquiera que nos observe desde la montaña, quedará convencido de que somos nosotros. Bob se quedará aquí con los muñecos y los moverá de cuando en cuando.

Rápidamente colocaron los reclamos en sitio visible. Bob se sentó junto a ellos, como si charlasen. A distancia parecía que los Tres Investigadores se hallaban sentados en el borde de la escollera observando el panorama.

Júpiter y Pete se deslizaron sendero abajo hasta la pequeña playa. Allí se colocaron los tanques de aire.

—La marejada no es fuerte esta noche —dijo Júpiter—. Eso nos evitará problemas cuando nademos hacia la entrada de la cueva.

Pete asintió.

—No estaremos más de cinco minutos debajo del agua.

—Eso creo. Traigo la brújula, y, de ser necesario, podemos salir rápidamente a la superficie. Nuestro cebo atraerá la atención del vigía, que no se preocupará del océano.

Los muchachos se acoplaron los tubos de respirar a la boca, caminaron de espaldas al agua, y se sumergieron debajo de las olas.



Capítulo 11

Una sombra en el mar

Pete siguió las aletas de Júpiter a través del agua traslúcida. Ambos muchachos eran buceadores experimentados y nadaban únicamente con los pies, sin malgastar energías. Pete, preocupado, vigilaba las oscuras sombras de las rocas, mientras Júpiter se concentraba en seguir la dirección con su brújula de muñeca.

Los peces escapaban raudos al pasar junto a ellos. Un hipogloso asustó a Pete, pues invisible en el fondo, de pronto se separó de las rocas y se alejó majestuoso.

Después de un par de minutos, Júpiter se detuvo y miró a Pete, señaló su cronómetro y luego hacia la playa. Pete asintió. Había llegado el momento de acercarse a la Cueva del Diablo.

Júpiter siguió a la cabeza. Junto a la costa el agua era menos transparente y abundaban las rocas. Pete nadó más cerca de las aletas de Jupe. En realidad, iba tan próximo a él que se precipitó sobre su espalda, cuando aquél se paró de improviso.

Pete gruñó, algo molesto. Su enojo desapareció al ver que Júpiter señalaba frenéticamente hacia la izquierda.

Una oscura sombra se movía lenta en el agua a menos de diez metros de distancia. Era grande y larga, como un enorme cigarro negro… tal vez un tiburón.

El corazón de Pete aceleró sus latidos. Por fortuna los muchachos habían sido bien instruidos en cuanto a lo que debían hacer, de encontrarse con un tiburón. Reaccionaron instantáneamente, moviéndose lo menos posible, dado que el movimiento atraería al escualo, se dejaron caer hasta el fondo. Allí sacaron sus cuchillos y nadaron de costado en busca de la

protección de las rocas.

Pete estudió aquella forma que se movía con demasiada parsimonia y rígidamente en línea recta. Resultaba ser excesivamente larga para un tiburón. Pero también parecía pequeña y lenta para ser una ballena.

Júpiter le tocó el hombro e hizo una seña. Pete sacudió la cabeza, y ambos observaron cómo la extraña forma desaparecía mar adentro. Entonces nadaron hasta que el movimiento de la marejada les señaló la proximidad de la escollera. Salieron cautelosos a la superficie y se encontraron a escasos metros de la cueva.

—¿Qué fue? —preguntó Júpiter en cuanto se quitó la boquilla.

—No sé —replicó Pete nervioso—. Estoy bien seguro que no era tiburón ni ballena, ni ninguna clase de pez. Quizá convendría regresar en busca del *sheriff*.

—Una patrulla no encontraría nada. Lo que fuera se alejó, ¿no? De nada serviría preocuparse ahora.

—Bueno… —quiso objetar Pete.

Su amigo lo interrumpió.

—Nos hemos arriesgado mucho, para regresar a casa sin haber investigado los gemidos.

Para Júpiter, renunciar al seguimiento de una pista era del género bobo. De ahí que insistiera.

—Vamos, Pete. Entraré yo en la cueva. Sujeta la cuerda mientras estoy dentro.

Se hundió en el agua. El sol desaparecía ya en el horizonte, y en la creciente penumbra, Pete esperó con la cuerda en las manos. Tan pronto sintió un doble tirón, se colocó la boquilla y nadó por el estrecho pasadizo.

Había poca marejada y ninguna corriente. Su linterna, sujeta al equipo, facilitaba suficiente iluminación.

El agua perdió profundidad dentro del túnel y Pete se puso en pie en la gran caverna junto a su amigo. Lo primero que le sorprendió mientras se quitaba las aletas, fue el sonido.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

¡La cueva gemía!

Júpiter se sonreía como gato satisfecho. Estaban dentro de la cueva que gemía de veras.

—¡Recanastos, Jupe! —susurró Pete—. Tenías razón. Nadie nos

vio entrar, y es verdad que gime la cueva.

—Así parece. Y oscurece: el preciso momento en que anoche vinimos aquí por vez primera. Bien, adelante.

Júpiter encendió con una cerilla dos velas.

—Las pondremos a la entrada de cada túnel —explicó—. Si la llama oscila, sabremos que hay corriente de aire. Y si permanece quieta, el pasadizo, probablemente, estará bloqueado. Así ahorraremos tiempo.

Pete alabó a su amigo.

—¡Inteligente idea!

Empezaron a trabajar. En un pasadizo, la vela osciló ligeramente. Jupe no quedó satisfecho. Pete hizo la prueba en el siguiente túnel, y la llama fue empujada con fuerza hacia la oscura abertura.

—¡Aquí, Jupe! —gritó entusiasmado.

—¡Chist! —susurró Júpiter—. Ignoramos si hay alguien cerca de nosotros.

Contenido el aliento, escucharon durante medio minuto largo. Pete se enfureció consigo mismo por haber gritado. Luego oyeron el gemido, amortiguado, pero claro.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Parecía proceder claramente del túnel que atraía la llama de la vela. Júpiter se sacó el yeso y marcó un pequeño interrogante blanco en la entrada. Encendieron sus linternas y avanzaron por el pasadizo.

* * *

En lo alto de la escollera, Bob sentado con los muñecos, miraba el llameante color naranja, que se hundía por el oeste. Gradualmente, una media luz púrpura y roja se fijó sobre el océano. Bob extendió cauteloso sus piernas.

Charlaba solo hacía más de media hora, con la extraña sensación de ser observado. Quizá fuere pura imaginación, empero, desagradable.

Para distraerse, empezó a hojear el libro del Valle de los Lamentos. Leyó lo relativo a los túneles cerrados. De repente, se irguió sorprendido.

—¡Repámpanos! —exclamó.

Allí se hablaba del viejo Ben Jackson y su socio Waldo. Según el libro, el viejo Ben y su socio vivían en un barranco junto a la Montaña del Diablo. Habían cavado uno de los túneles que perforaba la montaña, si bien fue cegado como los otros. Pero el viejo Ben y Waldo rehusaron marcharse. Insistían en buscar oro y… ¡diamantes!

Bob frunció el ceño. Júpiter, en sus prisas por iniciar el plan ideado, no había leído todo el libro. De haber sabido que el viejo Ben esperaba hallar diamantes en la Montaña del Diablo, lo hubiera mencionado.

En la creciente oscuridad, Bob sintióse presa de ansiedad. Según el primer investigador, los lamentos podían ser causados por la reapertura de uno de los túneles. El viejo Ben y su socio habían cavado uno, conocían la Cueva del Diablo mejor que nadie, después de vivir cerca de ella durante tantos años. Sin duda le habría resultado sencillo abrirlo de nuevo.

Recordó cómo el viejo Ben los había sorprendido la noche anterior. Sin duda venía del interior, pese a decir que los había oído al pasar junto a la cueva. Bob comprendió que era prácticamente imposible, dada la distancia. El viejo Ben estaba en el interior de la cueva cuando los oyó. Luego, les había mentido.

Alarmado, ocultóse en el sendero y, precipitadamente, confeccionó un tercer muñeco, valiéndose de la camisa, pantalones y sombrero, en un principio destinado a suplantarle. Con mucho cuidado, lo puso junto a los otros. En la media luz los tres muñecos convencerían a cualquier observador de que los chicos seguían sentados allí.

Al fin se deslizó entre la maleza hasta hallarse convencido de que podía ponerse en pie y caminar. Se mantuvo alejado de la carretera, para evitar que lo vieran. Había intuido la capital importancia de regresar y decir a los Dalton lo que Pete y Jupe hacían en la cueva. Si el viejo Ben realmente había encontrado una mina de diamantes, podían hallarse en un verdadero peligro.

Bob se precipitó a través de la noche tan aprisa como le permitió su pierna herida, y el difícil terreno. Antes de que hubiera avanzado más de cien metros, oyó el suave ruido de un coche que avanzaba lentamente por la desigual carretera… ¡sin faros! El vehículo se

detuvo a menos de veinte metros de donde Bob se había ocultado.

Una figura vestida de negro se hundió en las negras sombras de la Montana del Diablo.

Bob se acercó al coche, y comprobó que la placa de matrícula correspondía a Nevada.

En las entrañas de la Montaña del Diablo, Pete y Jupe, seguían en pos de los lamentos. El primer túnel los condujo a una caverna, donde emplearon las velas para localizar la corriente de aire. Así llegaron a otra caverna. En la tercera, más reducida, hallaron tres túneles con corrientes de aire. Decidieron no separarse.

La primera galería seguía recta durante largo trecho, para, bruscamente, girar a un lado.

—Sale al océano, Jupe —observó Pete. Éste frunció el ceño.

—No es esa nuestra ruta. El ruido procede más bien del valle —comprobó la brújula—. Prefiero dirigirme al este o noroeste.

—Ese va hacia el sudoeste.

Retrocedieron y probaron el segundo pasadizo. Pronto hallaron que también torcía hacia el sudoeste. De nuevo regresaron a la caverna. Pete se impacientaba.

—¡Cáscaras, Jupe! De seguir así, nos pasaremos la vida dando paseos.

—Calma, Pete. Ahora más que nunca sé que estamos en el camino acertado. El gemido se incrementa cuando avanzamos hacia el oeste.

Disgustado, Pete lo siguió hasta una tercera galería. Allí la corriente de aire era más fuerte y los gemidos más audibles. El túnel iba en línea recta hacia el este. Júpiter avanzó con la máxima velocidad. De repente, ambos amigos se detuvieron.

Había un resquicio en la pared izquierda.

—¡Córcholis! —dijo Pete—. Éste es el primer túnel lateral que hemos visto.

—Sí —replicó Júpiter, examinándolo con su linterna—. Y es obra del hombre. Sin duda es una perforación minera que no bloquearon. ¡Pete, mira!

La llama de la vela de Júpiter se doblaba fuertemente hacia fuera.

—¿Qué significa eso, Jupe?

—Significa —susurró entusiasmado el otro—, que en alguna parte no lejos de aquí hay una tercera abertura al exterior. Probablemente una de las entradas a la mina ha sido abierta en secreto.

—¿Cómo te explicas que el *sheriff* o el señor Dalton, no la encontraron?

—No estoy seguro, Pete. Sin embargo… —Sus ojos se abrieron al escuchar algo.

Pete lo oyó también. Era un amortiguado sonido de excavación.

—Vamos —susurró Júpiter, introduciéndose en el nuevo pasadizo.

Pete se disponía a seguirlo, cuando se percató de pasos tras él.

—¡Jupe! —llamó débilmente.

En pie, detrás de ellos, un hombre delgado, de ardientes ojos negros y orgulloso semblante, con sombrero, chaqueta corta, camisa de cuello alto, ajustados pantalones y llameantes botas, todo de color negro, los miraba.

Era el joven del cuadro que el profesor Walsh le mostrara en el rancho. ¡El Diablo!

¡Y sostenía una pistola en su mano izquierda!

Capítulo 12

¡Cogidos!

—¡Infierno! —gritó Pete.

El Diablo le amenazó con su pistola e hizo un significativo gesto.

—Nos manda guardar silencio —dijo Júpiter, algo tembloroso.

El Diablo asintió. Su rostro juvenil no mostraba expresión alguna. Con un movimiento de la pistola los conminó a avanzar delante de él, hacia la caverna de que procedían.

Los chicos retrocedieron sobre sus pasos a través del oscuro túnel, y desembocaron de nuevo en la caverna. El Diablo señaló hacia la derecha.

Caminaron a lo largo de pasillos y a través de cavernas. Pete comprobó en su reloj que sólo habían transcurrido cinco minutos, si bien se le antojaban cinco horas.

El Diablo, pistola en mano, se mantenía a espaldas de ellos.

—¡Alto!

La orden llegó brusca en el momento en que Pete y Jupe entraban en otra caverna. Era la primera palabra que oían de el Diablo.

Los muchachos se detuvieron. La caverna, una de las más pequeñas, tenía la atmósfera muy enrarecida.

—¡Por allí!

El bandido señaló una estrecha grieta en la pared. Júpiter y Pete se miraron temerosos. No podían hacer nada. Caminaron por el estrecho túnel, con el Diablo pegado a sus talones.

Llegaron a un montículo de rocas que bloqueaban por completo el pasadizo. Pete y Júpiter se giraron. El rostro de el Diablo permanecía inescrutable. Con un movimiento de pistola, les ordenó

arrimarse a la pared. Luego se inclinó y apartó una gran piedra del montículo.

—¡Vamos!

Los muchachos se acercaron al agujero abierto en el extremo del pasillo. Pete se asomó para ver sólo un negro orificio. Antes de que pudiera encender su linterna, un fuerte empujón lo mandó espatarrado al interior de la oscura abertura.

Aterrizó pesadamente sobre el duro suelo de piedra. Algo cayó sobre sus costillas, y luego oyó que la piedra volvía a ser colocada.

—¡Pete! —llamó Júpiter.

—Estoy aquí.

—Me temo que nos ha emparedado.

—De eso no hay duda.

Bob se apresuraba camino del rancho Crooker-Y. Detrás, persiguiéndole, se oían los gemidos del valle.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Sin duda, el plan de Júpiter había funcionado. Sus dos amigos se hallaban en el interior de la Cueva del Diablo, sin que los gemidos hubieran cesado. Pero después de haber leído el libro, Bob lamentaba que el plan hubiera surtido efecto. Si su corazonada era cierta, el viejo Ben y su socio tenían algo que ver con los gemidos.

Y el hombre del automóvil con matrícula de Nevada, ¿quién era? Bob había visto únicamente una sombra oscura que se perdía en la Montaña del Diablo. Esperó bastante tiempo, sin que el desconocido regresase. Luego decidió que eran demasiados sucesos para enfrentarse solos.

Tan pronto abandonó el Valle de los Lamentos, se arriesgó a caminar por la carretera, a fin de ganar tiempo. Gradualmente, los gemidos se diluyeron en la distancia. Captó un nuevo sonido detrás de él. Un coche se acercaba por la estrecha y desigual carretera. Bob saltó en busca de cobijo entre los arbustos.

El turismo pasó como una exhalación. No pudo distinguir el rostro del conductor inclinado sobre el volante, pero sí un sombrero negro. ¡El coche tenía la matrícula de Nevada!

Alarmado volvió a la carretera. El vehículo escapaba a toda velocidad. ¿Qué había sucedido en el interior de la Montaña del

Diablo? La angustia puso alas en sus pies, y corrió olvidado de su pierna lastimada. Era preciso llegar cuanto antes al rancho. Temía que Júpiter hubiera ido demasiado lejos esta vez.

—¡Oh…! ¡Uf!

Bob tropezó de repente con un hombre, cuyas poderosas manos lo sujetaron con fuerza. Alzó la cabeza y vio el rostro de la cicatriz, con un parche sobre un ojo.

* * *

Júpiter y Pete, agachados en la oscuridad contra la pared de roca, escuchaban de cuando en cuando los gemidos de la cueva, distantes y amortiguados.

—¿Ves algo? —susurró Pete.

—Nada. Estamos totalmente emparedados y… ¡Vaya! ¿Es que nos hemos vuelto locos? —Júpiter se rió.

—Caramba, Jupe, ¿dónde está la gracia?

—En nuestros susurros. Permanecemos sentados en la oscuridad, sin que nadie nos escuche. Además, conservamos las linternas.

Las encendieron, y, avergonzados de sí mismos, se sonrieron. Pete enfocó a la pared.

—Bien, nadie nos oye, y conservamos las linternas, pero ¿qué ganamos con eso? —preguntó.

Júpiter, como siempre, rechazó el desánimo.

—Comprobemos si es posible desplazar la roca grande. El Diablo no me pareció extraordinariamente fuerte, y movió la piedra con facilidad.

Pete lo intentó, sin conseguir nada. Júpiter se unió a él, y obtuvieron el mismo resultado. Finalmente renunciaron.

—Ha debido falcarla por fuera —observó Júpiter—. Cuanto más empujemos, peor. ¡Nos ha encerrado!

Pete quiso saber la opinión de su amigo.

—Jupe, ¿crees tú que era en verdad el mismísimo Diablo? El profesor dijo que aún podía estar vivo.

—El Diablo puede estar vivo —respondió Júpiter—, pero no tendría semejante aspecto, casi un siglo después de haber nacido. Nuestro hombre no es el Diablo del año 1880.

—Sí, claro.

Júpiter añadió:

—¿Observaste la inmovilidad de sus facciones, y su falta de expresión?

—Algo vi de eso.

—Sospecho que llevaba puesta una máscara, Pete. Una de esas máscaras de goma color carne que se ajustan al rostro. Además, habló muy poco. Sin duda, temía fuese reconocida su voz.

—Yo no la reconocí. ¿Y tú?

—Tampoco. Empero, estoy seguro de una cosa: no quiso hacernos daño.

—¡Nos encerró! —objetó Pete—. ¿Es que no es malo eso?

—Pudo causarnos peores males. Aquí seremos encontrados más pronto o más tarde, y él lo sabe. Sólo se ha propuesto quitarnos de en medio durante esta noche. Tendremos que darnos prisa y encontrar una salida.

—¿Lo consideras factible, Jupe? Quizá sea mejor esperar a que alguien nos rescate.

—Presiento que el misterio debemos resolverlo esta noche, o de lo contrario, será demasiado tarde. Puesto que no hay salida por donde entramos, exploremos otra dirección.

Pete siguió a Júpiter por el estrecho y recto pasadizo sin encrucijadas, durante lo que él consideró kilómetros interminables. De repente, se detuvieron desalentados. Ante ellos había una barrera de rocas. ¡Tenían bloqueado el paso!

—¡Retruenos, Jupe! —gritó Pete—. ¿Qué hacemos ahora?

—No esperaba hallar semejante barrera —Júpiter se mostró preocupado—. Mis deducciones no eran éstas.

—Quizá el Diablo tenga deducciones distintas —observó Pete.

Júpiter se inclinó y, cuidadosamente, inspeccionó las rocas. Como los otros derrumbes, no era reciente. De pronto, se entusiasmó.

—¡Pete, esta roca ha sido movida!

El segundo investigador se agachó. Las señales en el suelo demostraban que la piedra había sido recientemente movida.

Intentaron separarla, y si bien lograron moverla, no consiguieron su propósito.

Júpiter miró a su alrededor.

—Nuestro amigo usó esta galería para entrar y salir sin ser visto.

Luego, si nosotros no somos capaces de mover la piedra, tiene que haber otro remedio… ¡Allí está! ¡Aquella barra de hierro cerca de la pared!

Pete cogió la barra de hierro y la introdujo entre la piedra y el muro. Los dos a la vez apoyaron todo su peso sobre ella, y rodó hacia fuera.

Júpiter enfocó su linterna hacia el espacio despejado.

—Es otra caverna —anunció.

Pete dejó caer la barra y ambos pasaron por la abertura. Sus luces se pasearon por la concavidad.

—¡Tomate! —exclamó Pete. Júpiter miró en silencio.

Se hallaban en una caverna grandiosa, en cuyo centro había un estanque negro.

Capítulo 13

El estanque del Viejo Maldito

La superficie líquida brilló bajo los rayos de luz. Pete tragó saliva.

—¡El estanque donde vive el Viejo Maldito!

—Luego el estanque es una realidad —comentó Júpiter—. Sin duda hace muchos años que está bloqueado. Empero los indios conocían su posición dentro de la cueva.

—Y ahora lo sabemos nosotros también. Prefería ignorarlo. Pronto, busquemos una salida.

—El estanque no prueba que el Viejo Maldito exista —comentó Júpiter.

—Tampoco prueba que el Viejo Maldito no exista —señaló Pete —. Quizá el Viejo Maldito lleve mucho tiempo aislado aquí dentro. Quizá esté loco y hambriento, y aguarde a dos chicos listos.

Júpiter inspeccionó la oscura caverna. En las paredes podían distinguirse entradas a otros túneles.

—Conforme. Busquemos una salida —decidió—. Enciende tu vela y probaremos.

—Ahora has dicho lo que me gusta oír —exclamó Pete.

Encendió la vela y siguió a su compañero. En las dos primeras galerías no obtuvieron éxito. Pete se dirigía a otra, cuando Júpiter se quedó inmóvil.

—¡Pete! —susurró.

Éste siguió la mirada de Júpiter, sin ver nada.

—Allí, contra la pared —asintió Júpiter—. Es… es…

Entonces lo vio. En una oscura cavidad en el segundo túnel, sentado contra la pared, manteniendo las piernas extendidas, había un hombre bajo, vestido de negro, con sombrero puesto, y botas

también negras, en los pies. En la mano derecha sostenía una pistola antigua, y su rostro sonreía a los chicos.

Pero aquel rostro no era un rostro… sino una calavera. Y la mano que sostenía la pistola no era tal mano, sino cinco huesos… ¡un esqueleto!

—¡Caracoles! —saltó Pete.

Los muchachos se volvieron raudos y corrieron hasta el túnel que los había conducido a la caverna. Intentaron salir a la vez, y sólo consiguieron caer en confuso montón.

—¿Hacia dónde corremos, Jupe? —murmuró Pete, debajo de él —. No podemos salir por allí.

—Naturalmente —replicó Júpiter—. No pensábamos con la cabeza.

—Yo pienso con los pies —aclaró Pete—. Te agradecería mucho que no siguieras encima de mí.

—Te complacería, si no me tuvieses sujeta una pierna —respondió Júpiter.

Al fin pudieron desenredarse, y sentados en el frío piso de la caverna, temblando, Pete se puso a reír.

—Chico, ¡vaya par de investigadores audaces que somos!

Júpiter asintió.

—Nos dejamos dominar por el pánico. Claro que esto es muy natural después de las circunstancias vividas. La suma de peligros se transformó en nerviosismo privándonos de reacciones lógicas. Un esqueleto es la amenaza menos peligrosa que jamás me tropecé. Sencillamente estábamos predispuestos al pánico.

Pete se quejó.

—Lamento que Bob no esté aquí para explicarme lo que acabas de decir.

—Si estuviese aquí, te diría que era tanta nuestra tensión nerviosa, que perdimos la cabeza.

—Si hubieras dicho eso de buen principio, te habría entendido.

—Hubiera podido, si bien no habría sido exactamente lo que deseaba expresar. De todos modos, no es eso lo que ha de preocuparnos ahora. Quiero inspeccionar ese esqueleto.

—Lo esperaba.

Pete siguió remiso a Júpiter hasta donde el esqueleto parecía sonreírles bajo el negro sombrero. El primer investigador estiró el

brazo y tocó el sombrero, que se deshizo en pedazos.

—¡Tate! —exclamó Pete, tocando la chaquetilla negra.

También ésta se deshizo y cayó el esqueleto. Al retirar la mano, rozó los huesudos dedos que sujetaban el arma, y ésta rodó por el suelo produciendo un estrepitoso ruido. Pete saltó atrás. Júpiter se acercó al esqueleto.

—Es muy viejo, Pete. Y la pistola es muy antigua. Apenas hay margen para la duda.

—¿Margen para qué duda, Jupe?

—El esqueleto pertenece a el Diablo… al verdadero —las palabras de Júpiter resonaron en el alto techo de la caverna, cual voz fantasmal del pasado.

—¿Al verdadero? ¿Pretendes que ha permanecido aquí tanto tiempo, sin que nadie lo descubriese?

Júpiter asintió.

—Sin duda debió morir la misma noche que se refugió en la cueva. Su herida sería más grave de lo supuesto. Claro que entonces era mortal una herida que hoy no pasaría de ser menos grave. La ciencia médica ha adelantado mucho.

—¿Por qué piensas en que él murió aquella noche? —preguntó Pete—. ¿Y si permaneció oculto aquí, durante años, antes de morir?

—Muy poco factible. Observa que no hay señales de alimentos alrededor del esqueleto. Concedamos que el agua la bebiera en el estanque, aunque tal vez sea salada. De todos modos, aun cuando dispusiese de agua, es evidente la falta de restos de comida: huesos, semillas secas, algo.

—¿Y si comía y bebía en otra parte?

—De acuerdo, pero entonces, ¿qué lo mató? De haber sido atacado en plenitud física, veríamos señales de lucha, y otro esqueleto. No lo dudes, si alguien lo hubiera localizado en la cueva, y dándole muerte, su cadáver no estaría aquí, y el hecho habría sido registrado en la historia local.

—Corcho, creo que tienes razón.

—Además —continuó Júpiter—, observa la posición del esqueleto. Murió sentado de espalda a la pared, dispuesto a luchar si aparecía algún enemigo. Y ese enemigo no llegó nunca. Mira la pistola.

Pete la recogió.

—No fue disparada. Conserva todos los cartuchos.

—Lo supuse. Nadie logró descubrir su escondite, y murió de sus heridas, tal como sugieren los archivos históricos. El Diablo conocería la cueva muy bien.

—No creo que eso le favoreciera —comentó Pete—. De no haberla conocido tan bien, habría sido capturado, y, sin duda, lo hubieran curado.

—No olvides que lo habían sentenciado a morir en la horca. Comprendo que prefiriera morir en esta cueva, que ser capturado. Incluso pudo pensar en que, de no ser hallado, aumentaría su fama, y eso ayudaría a su gente.

—Y acertó en cuanto a lo de su fama —convino Pete.

Júpiter asintió.

—Tanto, que alguien se vale de ella para asustar a quienes se acerquen a la cueva. Y yo pregunto, ¿por qué?

—Supongamos que ese alguien pretende que el señor y la señora Dalton abandonen el rancho —sugirió Pete.

—Es posible —concedió Júpiter—, pero no lo creo. Más diría que intenta asustar a quienes se acercan a la cueva. Recuerda que los Dalton hace tiempo que están aquí, y los gemidos se renovaron un mes atrás.

—¡Cáspita, Jupe! Si alguien intenta asustar a la gente para que se aleje, ¿cómo es que nadie ha visto al falso Diablo hasta esta noche? Quiero decir, ¿por qué no se apareció cuando el *sheriff* y el señor Dalton exploraron la cueva?

—Ignoro eso todavía —admitió Júpiter—. Lo cierto es que hasta esta noche el gemido se interrumpía cuando alguien entraba en la cueva. Esta noche hemos conseguido entrar sin ser vistos, los gemidos no cesaron y el falso Diablo se apareció. Luego en buena lógica deductiva, si lo vimos esta noche fue porque el gemido no se interrumpió.

—¡Y vuelta a las palabras sin sentido! —se quejó Pete—. ¿Qué pretendes decir ahora?

Júpiter pareció totalmente despistado.

—No lo sé, Pete. No obstante, intuyo más misterio alrededor del valle, que en la causa natural de los lamentos. Necesitamos averiguar qué hay en las excavaciones.

—¡Canastos!, me olvidé de aquel ruido. ¿Sospechas que alguien

pueda estar explotando una mina diamantífera en la cueva?

—Al menos intenta ocultar algo —explicó Júpiter—. Anoche encontré un diamante. Esta noche oímos a alguien cavar. Luego, es razonable suponer que hay una mina de diamantes en todo esto.

—Debiéramos decir al señor Dalton lo que sabemos, Jupe.

Éste frunció el ceño, contraído ante la idea de que ellos no podían resolver la situación. Sin embargo, en muchas ocasiones tres muchachos resultan insuficientes para dar cima a determinados problemas.

—Supongo que tienes razón —admitió—. Coge la pistola de el Diablo, pues vamos a intentar localizar la salida al exterior.

Pete encendió su vela, y se encaminaron al siguiente túnel para comprobar si había corriente de aire.

Pero la visible agitación del agua del estanque, los paralizó. Luego, siguió un chapoteo y sonido de respiración. Los chicos, inmóviles, enfocaron sus linternas.

Una forma negra y brillante rompió la superficie del estanque. El agua goteaba de su brillante piel, mientras el misterioso ser abandonaba la líquida superficie.

Júpiter y Pete vieron aterrados cómo saltaba a tierra firme.

Capítulo 14

Algo negro resplandeciente

—¿Qué hacéis aquí?

Repentinamente, los muchachos comprendieron la realidad del hecho. Se trataba de un hombre provisto de traje de inmersión negro, aletas, doble tanque de aire pintado de negro, y una máscara negra que cubría totalmente su rostro.

—¡Qué alivio! —exclamó Pete.

Júpiter, recuperada su entereza, imprimió a su rostro una seriedad que lo hacía parecer mayor. Semejante cambio solía ejecutarlo cuando había de enfrentarse a los adultos, obteniendo buenos resultados.

—La misma pregunta se la hacemos a usted, señor, ¿qué hace aquí? —preguntó—. Nosotros vinimos en uso del permiso concedido por los propietarios de este rancho. Usted, sin duda, ha utilizado una entrada secreta.

El buceador, rubio y atractivo, se quitó la mascarilla de goma, sonrió a Júpiter, y se desenganchó los tanques de aire y los depositó en el suelo.

—Vaya, muchacho, suenas tan pomposo como el almirante. No discuto vuestro derecho a estar aquí. Sencillamente me intriga ver a dos chavales en la Cueva del Diablo, a estas horas de la noche.

—¿El almirante? —Júpiter se mostró sorprendido—. ¡Ah, claro! Usted es un hombre rana, ¿verdad? Un hombre rana de la Marina en maniobras cerca de las islas.

El joven se tornó grave.

—Así es. Realizamos una misión de adiestramiento. Tendréis que jurar absoluto secreto de cuanto habéis visto.

—No vimos nada —afirmó Pete.

—Nada, señor —confirmó Júpiter, que al recordar súbitamente, chasqueó los dedos—. Excepto una extraña forma.

—¿Qué fue ello? —preguntó el marino. Pete recordó también.

—Una cosa larga, negra, que pasó delante nuestro en el océano.

—¡Era un submarino, Pete! —exclamó Júpiter—. Un minisubmarino. Por eso se movía tan rígido. En cambio no oímos sus máquinas, y el sonido se capta desde muy lejos bajo el agua.

El rostro del hombre rana se ensombreció.

—Eso es muy grave, muchachos. La nave que visteis es de máximo secreto, especialmente el silencio de sus máquinas. Tendré que reteneros.

—¿Reteneros? —repitió Pete.

—Un submarino que se mueve con tanto silencio y no puede ser detectado por el sonar, es muy importante. Pete —dijo solemnemente Júpiter—. Empero, eso no justifica su decisión de retenernos, señor.

—Capitán Crane —se presentó—. Capitán Paul Crane. Y lo siento, pero voy a reteneros hasta que el almirante os haya interrogado.

Júpiter asintió comprensivo.

—Me llamo Júpiter Jones; éste es mi amigo Pete Crenshaw. —Buscó en una de las bolsas de plástico prendidas a su cinto—. Espero que estas credenciales atestigüen que somos de confianza.

Júpiter entregó al capitán la tarjeta comercial de Los Tres Investigadores, y el documento que les diera el jefe de la policía de Rocky Beach. El capitán estudió ambas tarjetas.

—Coincide que estamos resolviendo un importante caso ahora mismo —añadió Júpiter—. Esa es la razón de que nos haya encontrado en esta cueva. Sin duda, el almirante querrá que usted coopere con nosotros, capitán.

Éste miró a Júpiter y vaciló. El primer investigador sabía impresionar cuando se mostraba grave y profesional.

—Bueno —concedió el capitán—, estas tarjetas os identifican.

—¿Por qué no se comunica usted con el barco? —sugirió Júpiter —. Pida una comprobación. Estoy seguro de que el jefe de la policía de Rocky Beach nos avalará.

—¡Caramba, Jupe! —exclamó Pete—. ¿Cómo podrá el capitán

hablar a su barco desde aquí?

—Un buceador está siempre en contacto con su nave —respondió Júpiter—. El capitán debe hallarse provisto de una radio de largo alcance.

El capitán Crane se sonrió.

—Eres muy inteligente, muchacho. Bien, sentaos y permaneced quietos.

Júpiter y Pete obedecieron. El capitán se adentró en la oscuridad, permaneciendo allí varios minutos. Los muchachos apenas lo veían agachado sobre un diminuto instrumento. Júpiter se esforzó en escuchar, empero no oyó nada.

Al fin, el capitán se puso en pie, se guardó el instrumento en un bolsillo secreto y, sonriente, regresó a largas zancadas.

—Nuestro servicio de seguridad dice que habéis sido identificados. Y no es preciso reteneros.

—¡Rábanos picantes! Se mueve usted muy rápido —exclamó Pete.

—Nos movemos rápido cuando es preciso —replicó el capitán Crane—. El almirante dispone de extraordinarios medios.

—Puesto que somos de confianza, capitán —dijo gravemente Júpiter—, ¿puedo formularle algunas preguntas?

—Temo que no sea factible saciar tu curiosidad, muchacho. Mi trabajo es altamente secreto.

—No me intereso por su trabajo, señor. Mis preguntas guardan relación con esta cueva. ¿Fue a usted a quien Pete vio anoche en una cámara?

El capitán Crane asintió.

—Probablemente era uno de mis hombres. Informó haber sido localizado.

—Eso me conforta —aclaró Pete—. Por lo menos explica otro misterio de la cueva.

—Segundo —continuó Júpiter—. ¿Han realizado ustedes cambios en el interior de la cueva? ¿Me refiero a si han modificado o abierto túneles o algo parecido?

—No. Eso puedo afirmarlo.

—Tercero, señor —enumeró Júpiter—. ¿Realiza usted algo que provoque esos gemidos audibles en la cueva y fuera de ella?

—De ninguna manera. A nosotros también nos sorprendió. En

realidad hemos venido muy pocas veces a la cueva, puesto que apenas visitamos esta zona. Supusimos que la cueva gemía siempre así.

—¿Requiere su trabajo que, en lo posible, permanezcan aislados?

—Absolutamente —se sonrió el capitán—. De hecho, sólo vosotros nos habéis visto. La mayor parte de nuestro trabajo se ha desarrollado en el océano y en este lago o estanque.

—¿Ha visto usted a alguien más en la cueva?

El capitán Crane movió negativamente la cabeza.

—No. Es indispensable en nuestra misión evitar que nos vean. Por supuesto, no hay enemigo aquí, pero eludimos todo contacto exterior.

—Lo comprendo —afirmó desilusionado Júpiter.

—Lo siento, muchachos —se lamentó el capitán Crane—. Me hubiera gustado ayudaros. ¿Sabréis encontrar la salida de esta caverna?

—Eso intentamos —explicó Pete—. Era nuestro objetivo cuando le vimos a usted.

—Os acompañaré hasta la salida —se ofreció el capitán—. Recordad que no debéis hablar de lo visto aquí, relacionado con nuestra operación.

—Descuide, señor —dijo Pete.

—No lo olvidaremos, capitán —añadió Júpiter.

—Gracias. Bien, seguidme.

El capitán guió a los muchachos por un túnel, y a través de varias cavernas y pasadizos laterales, hasta que surgieron a la gran cavidad donde Pete viera por vez primera la forma negra y reluciente.

—Hemos llegado, muchachos —habló el capitán Crane—. Espero que desde aquí sepáis seguir solos. Tengo que regresar a mi trabajo.

—Muchas gracias, señor —respondió Júpiter.

El hombre rana les sonrió.

—Buena suerte con vuestro trabajo.

Desapareció en una estrecha galería, y Pete se encaminó hacia el túnel que salía al Valle de los Lamentos.

Júpiter no lo siguió. Sus ojos parecían contemplar el vacío, con

esa abstracción que tan bien conocía Pete.

—¡Oh, no! —gimió el segundo investigador—. No me lo digas, Jupe.

—Hay que resolver el misterio esta noche, Pete. El hombre disfrazado de el Diablo sabía que encontraríamos salida. Luego no le importaba cuanto supiéramos, siempre que no nos interpusiéramos en su camino durante unas horas.

—No deseo ponerme en su camino, Jupe —afirmó Pete—. Sin embargo, presiento que volveremos a tropezamos con él.

—Ahora disponemos de una oportunidad, Pete —insistió Júpiter —. Quienquiera que intente asustar a la gente, nos cree fuera de circulación. Jamás dispondremos de otra ocasión para localizar aquella excavación y averiguar lo que hace gemir la cueva.

—Creo que tienes razón —aceptó Pete—. Pero opino que deberíamos comunicarlo antes al señor Dalton.

—Si abandonamos la cueva seremos vistos —señaló Júpiter—. Además, no disponemos de tiempo. Aprovechemos nuestra ventaja.

—¿Qué ventaja? De acuerdo, Jupe. ¿Por dónde empezamos? Estuvimos aquí antes, si bien no supimos hallar el camino a seguir.

—Esta vez disponemos de más información, Pete, Esta vez sabemos que esas excavaciones guardan una relación con el gemido.

—¿Por qué lo supones? —preguntó Pete.

—Ni el *sheriff* ni los Dalton ni la prensa han informado nada sobre excavaciones. Luego, quienquiera que sea, lo hace en secreto.

—Bueno… —Pete seguía sin convencerse.

—Dos hechos inexplicables en el mismo lugar, han de guardar alguna relación entre sí, Pete.

Los ojos de éste se agrandaron.

—¡Seguro! Bien, ¿a qué aguardamos, entonces?

—¿Sabrías utilizar tu agudo sentido de orientación para hallar el pasadizo donde oímos cavar?

Pete asintió. Mentalmente se situó donde habían sido capturados por el falso Diablo. Al fin dijo:

—Jupe, hemos de encontrar un pasadizo que nos lleve al noroeste.

Júpiter señaló a su izquierda.

—Ahí lo tienes.

—Conforme. En marcha.

Encendieron sus velas, prescindiendo de toda cautela en su entusiasmo de hallarse tan cerca de la solución del misterio. A medida que se acercaban a la abertura de la pared noroeste, oyeron con más claridad un sonido.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

—¡Los gemidos! —susurró Pete.

—Nunca han dejado de oírse, Pete. Sencillamente, nos acostumbramos a ellos.

—Parece como si se oyeran más cerca ahora.

—¡Proceden de aquel túnel! —Júpiter lo señaló.

Luego se encaminó a él. Una ráfaga de aire apagó la llama de la vela. El gemido se hizo más agudo.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Los dos muchachos corrieron por la galería hasta una pequeña caverna.

—Ahora sé dónde estamos, Jupe.

—Apaga la vela, pues. Usaremos las linternas.

Con las manos taparon los focos de luz para reducir su intensidad. Pete caminó hacia el túnel por donde el falso Diablo los llevase antes. El gemido aumentó de volumen.

—¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Próximos a la encrucijada, oyeron cavar.

—¡Cascaras! Realmente oímos cavar —musitó Pete, conteniendo el aliento.

—Seguro que sí —susurró Júpiter.

Entraron en un túnel hecho por el hombre, y avanzaron en silencio. Al final vieron un resplandor de luz. Júpiter pidió a su amigo que se moviera más despacio.

La luz procedía de un agujero en la pared. Piedras y tierra aparecían amontonadas por doquier. El ruido del pico venía del agujero.

Cautelosamente se asomaron al orificio y parpadearon a la brillante claridad.

El gemido se repitió con tanta fuerza que resultó doloroso para sus oídos. Resonaba alrededor de ellos, para gradualmente, morir.

—¡Caspita! —susurró Pete—. Me duelen los oídos.

Júpiter lo cogió del brazo.

—¡Mira!

Sus ojos se habían acostumbrado ya a la brillante iluminación del interior, y pudieron ver una figura inclinada sobre una pala.



Pete tragó saliva.

El hombre se enderezó, soltó la pala y cogió un pico. Durante un momento fue claramente visible un hombre con luenga barba.

¡El viejo Ben Jackson!

Capítulo 15

Parte del misterio, resuelto

A través de la abertura de la pared lateral, Pete y Júpiter contemplaron al viejo Ben que trabajaba en el interior de la caverna secreta. A intervalos regulares, el gemido les acribillaba los oídos. El ruido no parecía preocupar al anciano en absoluto. Seguía cavando.

—Mira —susurró Júpiter—. Parece un desprendimiento de tierra.

—Y de importancia —replicó Pete.

—¿Ves los cantos en las rocas, agudos y limpios? —preguntó Júpiter—. Este desprendimiento sucedió hace poco.

Ben continuaba su labor, ignorante de los ojos que lo contemplaban. El viejo explorador de minas movía con vigor el pico, hecho sorprendente en un hombre de su edad. Luego volvió a soltarlo, y cogió la pala.

—Jupe —susurró Pete—, mira sus ojos.

Los ojos del anciano explorador brillaban salvajes a la luz de su lámpara, del mismo modo que la noche anterior cuando les hablara del Viejo Maldito.

—Fiebre del oro —comentó Júpiter—. En este caso, fiebre diamantífera. He leído que los exploradores se vuelven así cuando creen haber encontrado una vena. Entonces es peligroso interponerse en su camino.

—¡Caracoles! —susurró Pete.

El viejo Ben se volvió de nuevo hacia la pared y cavó enérgico, desmenuzando la piedra y tierra desprendidas que echaba a paletadas en una especie de tamiz. De cuando en cuando se

inclinaba y cogía algo, que examinaba entre risotadas. El objeto pasaba a una pequeña bolsa de piel colgada cerca de la linterna.

—¿Serán diamantes? —susurró Pete.

—Supongo que sí —respondió Júpiter en voz baja.

Ben se hallaba tan ensimismado en su trabajo, que probablemente no hubiera oído a los chicos aunque hubieran hablado en tono de voz normal.

—Eso equivale a que ha encontrado una mina de diamantes —comentó Pete.

Júpiter miraba la tierra y piedra cavada con gesto de meditación:

—Pudiera ser, Pete. Pero…

—¿Qué otra cosa cabe pensar? Si ha descubierto una mina de diamantes, no ignora que pertenecen al rancho Crooked-Y. Y también que si alguien se entera, habrá de compartirla con los Dalton. Posiblemente la propiedad legal sea de los Dalton. Por eso cava de noche, y asusta a cuantos se acercan a la cueva.

Jupe asintió.

—Tal vez sea cierta tu suposición, Pete. Y eso explicaría cuanto sucede excepto…

—Excepto los gemidos de la cueva —interrumpió Pete—. Y cómo los suprimen cuando alguien entra.

—No pensaba en eso. En realidad creo saber cómo paran los gemidos. Me refiero a que el *sheriff* y el señor Dalton debieron descubrir este pasadizo, pero no el lugar donde trabaja el viejo Ben.

Un timbre sonó insistente en la cueva.

El viejo Ben dejó caer la pala y se movió con sorprendente agilidad hacia una pequeña caja cerca de su lámpara. Tocó algo y el timbre paró. Luego cogió la linterna y la bolsa de piel y se encaminó ligero hacia donde Pete y Júpiter se hallaban.

—¡De prisa, Pete! —susurró premioso Júpiter.

Los muchachos retrocedieron a esconderse detrás de unos montículos de roca. Segundos después, el minero salió del agujero, provisto de una larga barra de hierro.

El gemido volvió a oírse.

—¡Aaaaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaaah! ¡Aaaaah!

Esta vez el grito fantasmal terminó de repente, cuando el viejo deslizó una gran piedra sobre la entrada del agujero.

—¡Zambomba, Jupe! ¿Era eso lo que tú imaginabas? Nadie sospecharía que hay un agujero en la pared.

La piedra ajustaba en la abertura como si siempre hubiera estado allí.

Júpiter susurró:

—Al cerrar esa entrada, los gemidos cesan en el acto. El timbre lo hace funcionar la persona que vigila desde lo alto de la montaña, para avisar que alguien entra en la cueva.

—¿No será Bob, que asustado, se haya ido en busca de socorro? —preguntó Pete.

El viejo minero paseaba arriba y abajo del túnel, murmurando palabras ininteligibles. No se le ocurrió mirar hacia la roca donde se ocultaban los chicos. De repente apagó su linterna. Durante un momento no se escuchó sonido alguno en la oscuridad. Pasados unos minutos, se oyeron pasos y murmullos.

En la espera, Pete trató de ordenar en su mente los sucesos ocurridos aquella noche. Eran muchas las preguntas que hubiera formulado a su amigo. Sin embargo, sabía ya un sinfín de respuestas sobre el misterio del Valle de los Lamentos.

El viejo Ben cavaba en secreto en la cueva; en la montaña alguien vigilaba; el gemido lo producía el viento a través del estrecho agujero donde habían aparecido los diamantes; cuando alguien entraba en la cueva, el vigía tocaba un timbre, y el minero tapaba el agujero, yugulando así el gemido.

Pete sentíase complacido de sus propias deducciones, que le habían llevado a contestarse por sí mismo todas las preguntas. Pero ¿era eso cierto? No, aún desconocía al falso Diablo que llegó a capturarlos. ¿Y cómo encajaba éste en aquel galimatías? ¿Se refería Jupe a eso cuando afirmaba que aún quedaba algo por explicar?

—¡Alguien viene! —susurró Jupe.

Pete se alarmó tanto que perdió el equilibrio, y al sujetarse en un peñasco hizo rodar una piedrecilla. ¿Habría oído el viejo minero el ruido? El muchacho contuvo el aliento.

Luego vieron una oscilante luz.

—¿Waldo? —llamó Ben.

—Entran dos en la cueva, Ben. Larguémonos de aquí.

El viejo encendió su linterna y Júpiter y Pete vieron la figura alta y delgada de Waldo Turner. Se agacharon cuanto pudieron

detrás de las rocas. Los dos hombres se hallaban a menos de tres metros de ellos.

—¿Seguro que entran? —preguntó Ben.

—Seguro. Demasiada gente ronda esta cueva desde ayer —replicó Waldo.

—¡Mostrencos! —exclamó el otro—. Unos días más de trabajo y habríamos acabado. Bueno, a nada conducen las lamentaciones. Salgamos de aquí.

—Sí; será lo mejor —convino Waldo.

Sin duda, Waldo Turner era quien vigilaba desde la cima de la Montaña del Diablo. Después de dar la alarma, debió descender por algún camino secreto.

Los dos mineros apartaron la piedra del agujero, pasaron rápidamente a su interior, y con palancas volvieron a colocarla en su sitio. Luego todo fue silencio en el túnel azabache.

—¿Dónde se fueron, Jupe? —susurró Pete.

—Tiene que haber una salida desde esa caverna al exterior. Tiene que haberla. El viento no gemiría si no entrase por el otro lado. Probablemente se trate de uno de los túneles que se suponen cegados. Apuesto algo que esa pareja conocen la disposición de todos los túneles y por eso abrieron uno.

—¿Cómo te explicas que el *sheriff* y el señor Dalton ignoren la existencia de éste? —inquirió Pete.

—Tal vez se debe a que está muy oculto —aventuró Júpiter—. Sin embargo, estoy seguro de que hay otra entrada en lo alto de la montaña, pues de otro modo, Waldo no hubiera podido llegar tan pronto. Desde luego, son varias las entradas secretas. Bien, ha llegado el momento de ir en busca de ayuda.

—Hagámoslo, pues —aceptó Pete.

Los muchachos encendieron sus linternas y retrocedieron hasta la primera caverna donde estuvieron la noche anterior.

Entraban ya en el túnel que los llevaría al exterior, cuando saltaron sobre ellos dos sombras. Manos fuertes sujetaron a Pete.

—¡Te cacé! —gritó la sombra.

Pete contuvo el aliento presa de temor. Su linterna enfocó un rostro alargado con una cicatriz. ¡Era el hombre del ojo tapado!

—¡Corre, Jupe!

Pero otra linterna, la del segundo desconocido, cegó al primer

investigador.

—No te muevas, chico —ordenó el de la cicatriz.

Capítulo 16

Una historia de diamantes

—Quedaos donde estáis. Si corréis a oscuras os podéis hacer daño.

Júpiter se envalentonó.

—Dudo que eso preocupe a usted. Por favor, déjenos marchar. Nuestros amigos están cerca.

El hombre se rió.

—¿Sacas el genio? Acompáñame donde podamos charlar.

—¡No vayas, Jupe! —gritó Pete.

Una voz familiar les habló entonces.

—Calma, pareja. El señor Reston es detective.

Bob mostró una amplia sonrisa a las atónitas miradas de sus amigos, cuando con su propia luz se iluminó el rostro.

—Me dirigí al rancho en busca de ayuda, al descubrir que el coche de Nevada se acercaba a la cueva.

Explicó su repentina corazonada en cuanto a que Ben y Waldo estaban involucrados en el misterio del Valle de los Lamentos.

—Después que el coche de Nevada pasase cerca de mí, encontré al señor Reston.

—Sam Reston —se presentó el hombre del ojo tapado—. Soy detective, muchachos, de una compañía de seguros. Vuestro amigo me habló de sus sospechas, y vinimos a la cueva, en vez de ir al rancho.

—El señor Reston decidió que era preferible ayudaros en seguida.

—Así es, muchachos. El hombre que busco es muy peligroso. Bob y yo hemos intentado entrar en la cueva sin ser vistos, y pese a las precauciones adoptadas, tememos haber sido descubiertos.

—Y los vieron, señor Reston —informó Júpiter.

Luego narró cuanto habían presenciado en la cueva.

Reston movió la cabeza.

—Lástima que nos hayan descubierto. Pero no se hallarán muy lejos. Esa bolsa a que te refieres, tal vez contenga los diamantes que busco.

—¿Qué diamantes? —intervino Pete.

—A eso vine, muchachos —intervino Reston—. Trato de localizar a un ladrón de joyas muy inteligente, que robó una fortuna en diamantes. Se llama Laslo Schmidt, y es conocido en toda Europa. Lo seguí hasta Santa Carla hace una semana. Aquí oí hablar del Valle de los Lamentos y de la Cueva del Diablo. Entonces sospeché que la cueva podía ser el lugar donde se oculta Schmidt. Empero no hallé su pista.

—¡Caracoles! —exclamó Pete—. Si lo siguió hasta aquí, ¿cómo no pudo localizarlo?

—Porque ignoro cuál es su aspecto ahora, muchachos. Cinco años atrás Schmidt huyó de Europa. La Interpol supo que estaba en Norteamérica, con nueva identidad. Pero eso es todo lo que pudieron saber. Schmidt es un consumado maestro del disfraz. Puede adoptar la personalidad más insospechada, sin que nadie lo descubra. Júpiter preguntó:

—¿Y robó diamantes asegurados en su compañía, señor Reston?

—Sí, hará un año. No había robado nada desde que abandonó Europa, y la policía creyó que había renunciado a su oficio, o muerto tal vez. Sin embargo, cuando robaron los diamantes, comprendimos en seguida que Schmidt era el ladrón. El método empleado lo delató.

—El *modus operandi* o método de operación es muy importante —convino Júpiter—. La mayoría de criminales, particularmente los ladrones profesionales, son descubiertos a través de su propia técnica. Un ladrón jamás cambia su modo de actuar, excepto en los detalles menores.

—Así es, Júpiter —reconoció Reston—. La técnica de este robo era la de Laslo Schmidt. Comprendimos que lo había planeado y ejecutado, después de unos años en este país, dedicado a «construirse» su nueva personalidad. De ahí que ahora sean dos hombres en uno: Schmidt el ladrón, y el señor perfectamente

normal, por encima de toda sospecha.

—Y usted ignora su otra personalidad —comentó Bob—. En tal caso puede ser cualquiera de aquí.

Reston asintió.

—Exactamente, Bob. Localicé la pista a través de la venta de dos diamantes. Primero en Reno, Nevada, y luego aquí.

—¡Nevada! —exclamaron Pete y Bob al mismo tiempo.

—¡Sopla! —añadió Pete—. Pensamos que era usted el dueño del coche de Nevada, que nos forzó a saltar por el acantilado.

—No, muchachos —explicó Reston—. Yo me dirigía al Valle de los Lamentos cuando vi vuestras bicicletas. Me detuve a comprobar si ocurría algo. Os hubiera rescatado, pero vi acercarse a otros, y dejé que lo hicieran ellos, para no descubrir mi presencia aquí. Sin embargo, Schmidt debió localizarme en Nevada. Intenté engañarlo con el parche en el ojo y la cicatriz falsa, si bien no estoy seguro de que mi disfraz haya surtido efecto.

—¿Y por eso se oculta usted? —preguntó Bob.

—Quise evitar que Schmidt me supiera tras su pista.

Mientras Reston hablaba, Júpiter miraba hacia la oscuridad, presionándose el labio inferior. De repente, un destello de inteligencia animó sus ojos.

—¿Verdad que hay algo especial en esos diamantes robados, señor Reston? —preguntó.

El detective miró sorprendido.

—Por supuesto que lo hay, Júpiter. No fueron robados en una joyería o tienda, sino de un museo de San Francisco. Son…

—¡… diamantes en bruto! —Júpiter completó la frase—. Se hallaban tal cual salen de la mina. ¿Eran diamantes industriales?

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Reston—. Tienes razón en cuanto a que son diamantes en bruto. Pero sólo unos cuantos son piedras industriales. La exposición incluía diamantes de todo el mundo. Su apariencia de piedras ordinarias, y el estar expuestas en un museo, fue causa de exigua vigilancia a su alrededor. Schmidt no tuvo dificultad en sustraerlas. La mayoría son piedras muy valiosas, de imposible identificación, debido a su estado bruto. Y, ¿cómo supiste eso, Júpiter?

—Hallé un diamante en bruto aquí en la cueva. Ben y Waldo han encontrado el resto.

—¡Entonces las piedras están en la cueva! —exclamó Reston.

Júpiter asintió.

—Creo que Laslo Schmidt las ocultó aquí después de robarlas. Probablemente se propuso mantenerlas ocultas hasta que dejaran de buscarlas. Pero Ben y Waldo exploraron una vez más la cueva, y las encontraron. Eso les hizo creer que habían descubierto una mina de diamantes.

—Ellos saben que no hay minas de diamantes en esta zona —señaló Reston.

—Se equivoca, señor. Los dos mineros siempre han creído que había diamantes aquí. Según el señor Dalton, buscaban piedras preciosas, oro y plata. Y los robados por Schmidt no se diferencian en nada de los recién extraídos, ¿verdad?

—De acuerdo. Pero ¿es que Ben y Waldo no sospecharon nada al ver tantos diamantes ocultos en un mismo lugar?

Júpiter afirmó:

—Tendría usted razón si los hubieran hallado como supone. Sin embargo, no olvide que estamos exactamente encima de la Falla de San Andreas. En la cueva hay muchos hundimientos debido a los grandes terremotos ocurridos hace años. Recientemente, no se han producido movimientos sísmicos de importancia, pero de pequeña intensidad acontecen a cada dos por tres.

—¿Sospechas que los hubo hace poco tiempo? —inquirió Pete.

—Así es. Estoy convencido que hace aproximadamente un mes, un terremoto alteró el escondite de los diamantes. Y los dos mineros, en sus acostumbradas exploraciones, hallaron los diamantes esparcidos entre los cascotes, y pensaron que se trataba de un filón.

—¡Recáspita! —exclamó Pete.

Reston asintió.

—Es una teoría plausible. No obstante, muchachos, un detective jamás desecha una probabilidad. ¿Y quién me asegura que Ben y Waldo no robaron los diamantes y ahora tratan de recuperarlos?

Júpiter lo aceptó.

—Pudiera ser. No pensé en eso.

—Señor Reston —intervino Bob—. No se olvide de que los dos mineros residen aquí desde hace muchos años. Luego es improbable que estuvieran en Europa hace sólo cinco años.

Reston se sonrió.

—Recuerda, Bob, que Laslo Schmidt es un maestro en el arte de la caracterización. Podría haber suplantado la personalidad de uno de ellos.

—¡Pues es verdad! —exclamó Bob.

—Bien, hay un medio de averiguarlo —dijo Reston—. Vayamos a la galería donde cavaban, y tratemos de localizar por donde se fueron. Eso sí, que uno de vosotros vuelva al rancho y llame al *sheriff*.

Júpiter asintió.

—Se desplazará Pete.

A éste se le ensombrecieron las facciones.

—¡Precisamente cuando estamos a punto de resolver el caso! —protestó.

—Júpiter tiene razón —afirmó Reston—. Bob no se halla en forma, y Júpiter ha de quedarse conmigo. Por otra parte, tú eres el más veloz. En todo equipo, cada hombre realiza lo que mejor sabe.

Halagado en su fuero de atleta, Pete obedeció. Queda y furtivamente, se deslizó fuera de la caverna y corrió hacia el rancho Crooked-Y.

Júpiter, Bob y Sam Reston anduvieron a paso rápido a través de los túneles, hasta llegar a la galería secreta del viejo Ben. Reston apartó la piedra y entró.

La pequeña cueva se hallaba desierta. En la pared del fondo vieron el túnel de salida. Sin duda era obra del hombre. Sam Reston delante, con la pistola a punto, fue seguido por los chicos. Júpiter marcó una señal con su yeso.

—Nos encaminamos hacia el barranco norte de la montaña —dijo a Bob, a medida que avanzaron—. Allí es donde el libro sitúa la cabaña de Ben y Waldo.

—Era de esperar, Bob —observó Júpiter—. Abrieron un túnel cerca de su cabaña para evitar que los vieran.

Reston se detuvo. El túnel acababa de repente. Bob observó huellas en el suelo junto a la pared rocosa. Quitó otras dos más, y dejó al descubierto un estrecho pasadizo.

El detective se arrastró por él. Durante un momento, sus pies fueron visibles a los muchachos. Al fin desapareció. Bob y Júpiter se asomaron al orificio, y después se apresuraron a entrar.

Salieron a la noche, detrás de un espeso grupo de árboles y arbustos, en el barranco norte de la Montaña del Diablo.

—Nadie advertiría un agujero tan pequeño en la montaña —observó Reston—. Vamos, muchachos. Permaneced detrás de mí.

Avanzaron cautelosos por el barranco entre el valle y el océano. Al fin vieron resplandor en la ventana de una cabaña. Se arrastraron silenciosos hasta la ventana, y miraron al interior. Ben y Waldo estaban sentados a una mesa con un montoncito de piedras pequeñas delante de ellos.

Capítulo 17

Júpiter acierta

Pistola en mano, Sam Reston abrió la puerta de la cabaña.

—¡Cacatúas del infierno! —gritó el viejo Ben—. ¡A ellos Waldo!

Sam Reston alzó su pistola.

—Quédese donde está, Waldo.

El alto explorador, a medio levantarse de su silla, lentamente, volvió a sentarse.

—El mostrenco nos dio la patada, Ben —exclamó furioso.

—¡No consentiremos que nos roben! —gritó Ben.

—Ya nadie juega limpio —se lamentó Waldo.

Los dos hombres miraron furiosos a Reston. Entonces las salvajes pupilas rojas de Ben se fijaron en Bob y Júpiter.

—¡Malditos crios! —gritó—. Te dije que nos iban a causar problemas, Waldo. ¡Debiste encargarte de ellos!

—Tienes razón.

Ben agitó amenazador un brazo.

—¡Ratones! ¡No os saldréis con la vuestra! Sois carne de horca. ¡Os colgaremos de muy alto!

—La mina es nuestra —dijo Waldo, protegiendo con sus manazas extendidas el pequeño montón de diamantes en bruto.

—¿Se debe a eso que entrasen con tanto secreto en la cueva —preguntó Reston—, cavasen de noche y cerrasen la galería cada vez que entraba alguien?

Los ojos del viejo Ben se volvieron astutos.

—Una vena rica, sí señor. Había que mantenerla en secreto, o se hubiera producido una estampida de buscadores. No señor, no queríamos eso.

Bob se acaloró.

—Ustedes obraron así porque esta tierra pertenece a los Dalton. Los diamantes son de ellos.

—Hace veinte años que exploramos esta cueva —protestó Waldo —. Hallamos diamantes. Nosotros los encontramos. A nosotros pertenecen, ¿me oyes, chico?



Júpiter se mantuvo callado, inspeccionando la cabaña, intrigado al ver una radio, un anaquel repleto de libros y un montón de periódicos. Cogió uno y lo hojeó.

Los ojos enrojecidos de Ben se volvieron incluso más astutos.

—Bueno… hay para todos. Seguro que sí. Vaya, no somos tan avariciosos. Si quieren, nos lo repartimos. Una cuarta parte para ustedes, y nos ayudan a cavar. ¿De acuerdo? ¡Hay montones de ellas!

Júpiter habló al fin.

—No hay más piedras, señor Jackson. Y usted lo sabe.

Todos se volvieron a mirar a Jupe.

—Esta cabaña no es propia de dos viejos mineros que viven de ilusiones pretéritas —continuó.

—¡Atiza, Jupe! ¿Qué quieres decir? —preguntó Bob.

—Que estos pillos son un par de farsantes —aclaró Sam Reston —. Lo que sospechas es verdad. Pero ¿cómo has llegado a semejante conclusión?

Júpiter señaló la radio.

—Una radio portátil no encaja entre dos viejos locos, que tienen echada el ancla en lo pasado. Esos libros ponen de relieve su interés por el mundo moderno. Yo diría que hallaron gente blanda, dispuesta a socorrerlos sin formular preguntas. Y también estoy seguro que jamás esperaron descubrir una mina diamantífera.

—¿En qué te fundas para decir eso, Júpiter? —preguntó Reston.

Éste señaló la estantería.

—Cuatro de esos libros tratan de diamantes, y los cuatro están casi nuevos. Además, este periódico publica un informe completo del robo de diamantes en el museo de San Francisco. Es de un año atrás, y el artículo tiene un círculo a lápiz.

—¡Estupendo, Júpiter! —exclamó Reston, que se volvió a los dos hombres—. ¿Qué tienen que oponer?

Ben y Waldo se miraron. Finalmente el primero se encogió de hombros.

—El chico tiene razón. Sabíamos que no había mina de diamantes. No hay diamantes en estos alrededores.

—Pensamos en la posibilidad de una bolsa, cuando hallamos los primeros —siguió Waldo—. Sin embargo, nos extrañó el tipo de diamantes, y Ben compró estos libros. Entonces supimos que eran

africanos. Luego, en la biblioteca, hallé un pequeño artículo sobre el robo, publicado en el periódico local. Por eso pedimos un ejemplar del de San Francisco, que describía las piedras.

Ben relevó a su compañero.

—Los diamantes eran robados, por lo tanto podíamos quedarnos con ellos. Nadie más que el ladrón iba a saberlo. Empezamos a excavar y encontramos una verdadera fortuna.

—Pero las galerías que abrimos provocaron de nuevo los gemidos —continuó Waldo—. Al principio nos pareció estupendo, pues asustaba a los curiosos. Un día el señor Dalton y el *sheriff* vinieron a investigar, y, desde entonces, yo oteaba desde la cumbre para avisar si alguien se acercaba.

Ben se rió.

—Conseguimos engañar a todos. Y a vosotros, chicos, os asusté. Pero no entiendo cómo penetrasteis esta noche en la cueva sin que Waldo os viera.

Júpiter explicó el ardid de los muñecos. El viejo minero volvió a reírse.

—¡Estupenda jugada, gordito! Ya dije a Waldo que erais listos, sí señor. Lo planeasteis muy bien, sí señor.

Reston se mostró severo.

—No es cosa de risa, señor Jackson. Apropiarse de bienes robados es un delito grave. El minero se sonrió avergonzado.

—Quizá no nos hubiéramos quedado con ellos. Sin embargo, nunca habíamos hallado una mina de verdad, y resultó fantástico cavar y sacarlos. Durante un tiempo nos volvimos a sentir verdaderos exploradores. Ya sé que no estaba bien, aunque sólo creíamos perjudicar al ladrón.

—¿Y qué pasa con los accidentes? —preguntó Bob—. ¿Quién despeñó la piedra que casi nos alcanza?

—En realidad fueron accidentes casuales —explicó Waldo—. Suele ocurrir que la gente se pone nerviosa al oír gemidos, y se vuelven más descuidados. La piedra que rodó hacia vosotros, fue culpa mía. Os vigilaba cuando mi pie tocó una piedra, que rodó. Nunca tuve intención de perjudicar a nadie.

Sam Reston contempló severo a los dos hombres.

—Decidiré qué hacer con ustedes, más tarde —recogió los diamantes que puso en la bolsa.

Los dos hombres vieron apenados cómo desaparecía aquella fortuna.

—Han actuado neciamente —añadió Reston—, pero recuperaron los diamantes. Quizá sea cierto que pensaron en devolverlos. Bien, ahora sólo me resta hallar al ladrón.

Júpiter habló de nuevo.

—Me tiene obsesionado ese Schmidt, señor Reston. Sin duda, sabe que Ben y Waldo cavaban en la cueva, y que encontraron los diamantes. Si es así, regresará a recogerlos. ¿Por qué no le tiende una trampa?

Una voz amortiguada comentó detrás de ellos:

—¡Inteligente muchacho! Ya estoy aquí.

Todos saltaron, cogidos de sorpresa. En el umbral se hallaba el falso Diablo. Su rostro cubierto con una máscara, se veía tan joven y rígido como al capturar a Júpiter y Pete en la cueva. En su mano siniestra, sostenía la misma pistola de siempre.

—No os mováis, muchachos —aconsejó Reston—. Si se trata de Schmidt, es peligroso.

El detective miraba su pistola sobre la mesa.

—Sabio consejo —raspeó la voz—. Ciertamente, soy Schmidt. —Hizo un movimiento intimidatorio con la pistola hacia la pared—. No intente coger su arma, Reston.

Todos retrocedieron hacia la pared.

—Tú, el más pequeño, coge la cuerda que está en ese rincón, y ata a Reston. ¡Rápido!

—Hazlo, Bob —recomendó el detective.

Bob cogió la cuerda y ató los pies y manos de Reston. Schmidt le hizo seña de que se apartase y examinó las ligaduras.

Satisfecho, se echó atrás.

—Ahora, chicos, atad a los viejos.

Júpiter y Bob los amarraron. Luego Bob ató a Júpiter y el propio Schmidt a Bob. Una vez todos acomodados en el suelo, el bandido se acercó a la mesa y cogió la bolsa de piel. Su voz resultó burlona.

—Les agradezco se hayan tomado la molestia de rescatar los diamantes para mí. Me ahorraron ese trabajo después del terremoto. Los he vigilado de cerca, naturalmente. Pues no merecía la pena robarlos para luego perderlos con tanta facilidad —el bandido se rió —. Vosotros, chicos, sois tercos y me causasteis molestias, si bien al

descubrir vuestro material de inmersión intuí qué os proponíais. Que Reston hubiese localizado mi pista me puso nervioso, pero al fin todo se ha solucionado.

El ladrón hizo una burlona reverencia a sus víctimas y desapareció de la cabaña.

Júpiter gimió.

—¡Debí sospechar que nos vigilaba! Cuando nos capturó en la cueva sabía qué clase de trabajo se hacía allí, pues nosotros mismos oíamos cavar.

—No te culpes, Júpiter —dijo Reston—. Resolviste correctamente el caso. También yo debí comprender que Schmidt se aprovechaba de los mineros.

Bob intervino en la conversación.

—Jupe acertó, pues el ladrón ha hecho acto de presencia.

Su amigo frunció el ceño, insatisfecho.

—¿Qué victoria supone resolver un misterio, si no se consigue ver la cara del villano? —preguntó—. Huirá y jamás sabremos quién es. El señor Reston tendrá que empezar de nuevo.

Júpiter se quedó con la boca abierta, como pez asustado. Sus ojos parecían fijos en la nada de una especie de trance.

—¿Jupe? —gritó Bob.

—¿Qué pasa, Júpiter? —preguntó Sam Reston. Éste parpadeó como si regresara a la habitación después de largo viaje.

—¡Tenemos que apresurarnos y perseguirlo!

Sam Reston respondió entristecido:

—¿Dónde parará ya, Júpiter?

—No sé…

—¿No sabes, qué, Júpiter? —preguntó Bob.

El repentino batir de cascos de caballos en el exterior de la cabaña postergó la respuesta de Júpiter. Un momento después la puerta se abría de golpe, y, un hombre corpulento que nunca habían visto miró con expresión de enfado a los cinco prisioneros.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —estalló—. Vosotros, chicos, debierais tener más juicio.

Éstos observaron al hombre, y se sonrieron aliviados.

Detrás de él asomaban los rostros familiares y amistosos de Pete y de la señora Dalton.

Capítulo 18

El Diablo desenmascarado

El hombre corpulento resultó ser el *sheriff* de Santa Carla, molesto con los muchachos por intentar resolver solos el misterio.

—No es cosa de permitir que tres zagales intervengan en la persecución de un peligroso ladrón de joyas —tronó el *sheriff*.

—Pudo sucederos cualquier cosa en la cueva —habló la señora Dalton— rodeados de ladrones y locos. Si Pete no hubiera localizado aquellos interrogantes y comprendido que estabais en la cabaña del viejo Ben, ¡sabe Dios cómo os hubiéramos hallado!

Bob parecía anonadado, pero no Júpiter, que respondió al *sheriff*.

—Lo sentimos mucho, señor. En realidad no hicimos nada peligroso en la cueva. Únicamente fuimos capturados por el ladrón que el señor Reston persigue.

Reston añadió:

—Así es, *sheriff*. Los chicos ignoraban la presencia de un criminal peligroso en la cueva. Creían resolver el misterio de los gemidos, y tenérselas que ver con un par de excéntricos e inofensivos ancianos. Supieron que iban en pos de un ladrón de joyas cuando yo intervine. Fue mía la idea de visitar a Ben y Waldo.

—También quiero hablar con usted luego —gruñó el *sheriff* a Reston—. Quizá tenga razón. Los chicos parece que actuaron correctamente.

—Lo hicieron con más inteligencia que muchos adultos —afirmó Reston—. Y consiguieron resolver el misterio, aun cuando el ladrón haya huido.

La señora Dalton se sonrió.

—Han resultado ser unos investigadores formidables.

—De acuerdo, resolvieron el caso —admitió el *sheriff*—; pero el ladrón se ha fugado, si bien confío en detenerlo.

—¡Por favor, señor! —gritó Júpiter.

Todos miraron sorprendidos al primer investigador.

—No estoy seguro de que el ladrón haya huido, ni creo que lo intente.

—¿Qué insinúas, hijo? —preguntó el *sheriff*.

—¿Quiere decirme dónde están los demás, señor? —preguntó pausadamente Júpiter.

—¿Te refieres a la gente del rancho? Bueno, os están buscando —aclaró el *sheriff*—. Dalton y sus empleados fueron a la playa, Luke Hardin y el profesor Walsh, con otros hombres, recorren la parte más alejada de la Montaña del Diablo.

—¿Dónde habían de reunirse luego? —preguntó Júpiter.

—En el rancho —replicó el *sheriff*.

—Entonces sugiero que vayamos al rancho.

El *sheriff* frunció el ceño.

—Muchacho, si tienes algo en la mente, será mejor que nos lo digas.

Júpiter sacudió la cabeza.

—No hay tiempo, señor. Sería largo de explicar, y debemos cogerlo antes de que pueda fabricarse una coartada.

—Dé crédito al chico, *sheriff* —aconsejó Sam Reston—. Sé por experiencia que da resultado seguir sus indicaciones.

—De acuerdo —accedió el *sheriff*—. Muchachos, subid a nuestros caballos.

Júpiter montó con el *sheriff*, Bob y Pete con dos ayudantes que se quedaron fuera. Resultó ser una galopada impresionante por un desigual terreno. Los muchachos, aferrados desesperadamente a los jinetes, saltaban y resbalaban hacia afuera, sin ver nada.

En el rancho no hallaron ningún signo de vida. Sólo había una mortecina luz en la ventana de la cocina.

—Bien, hijo —exclamó el *sheriff*—. ¿A quién esperabas encontrar aquí?

Júpiter se presionó el labio inferior en la oscuridad.

—Estoy seguro de que volverá. Tenemos que desenmascararlo aquí. Ahora fingirá que nos ha buscado durante un rato. Sugiero

que desmontemos y esperemos a oscuras.

—Pies a tierra, pues —ordenó el *sheriff*—. Ahora, explícame todo ese lío.

El *sheriff* descabalgó, y ayudó a Júpiter. Momentos después, Sam Reston llegó en su coche.

—Bien, hijo —insistió el *sheriff*—. Cuéntame la historia de la caza del ganso.

—Verá, señor —explicó Júpiter—, recordé algunas palabras del bandido en la cabaña, comparé datos y…

Un hombre apareció cojeando por un extremo del rancho.

—¿Consiguió localizarlos, *sheriff*? —preguntó el profesor Walsh —. Buen trabajo. Tuvisteis una noche movida, ¿eh muchachos?

El profesor se sonrió, mientras se tocaba su pierna izquierda.

—Me caí —siguió—. Tuve que volver al rancho a curarme una sangrante herida.

—Llega a tiempo, profesor —habló el *sheriff*—. Júpiter iba a contarnos una historia.

La voz del muchacho sonó tranquila.

—Ya no es necesario, *sheriff*. Le sugiero que registre al profesor Walsh, si quiere encontrar los diamantes. Dudo que haya vuelto a abandonarlos, seguro como está de que no sospechamos su auténtica personalidad: la de Laslo Schmidt.

—¡Schmidt! —gritó Sam Reston, mirando al profesor.

—Los diamantes debe de llevarlos debajo del vendaje —añadió Júpiter.

El profesor Walsh intentó huir. Todos corrieron tras él, todos excepto los muchachos y la señora Dalton.

El primer investigador, sonriente, miró a sus amigos y a la esposa del ranchero.

Alfred Hitchcock escucha un relato

—¿Así, master Jones, los diamantes aparecieron debajo del vendaje de la pierna del profesor Walsh? —dijo Alfred Hitchcock.

—Sí, señor —repuso Júpiter—. Capturaron al profesor en el momento en que alcanzaba su automóvil, el de la matrícula de Nevada. Resultó que tenía dos coches. El de Nevada lo mantenía oculto en el Valle de los Lamentos. El traje y máscara de el Diablo, los guardaba en este vehículo. No se deshizo de estas cosas, por un exceso de confianza, al suponer que nadie lo relacionaba con Laslo Schmidt.

—Todos los grandes maestros de la delincuencia confían en sus portentosas facultades —dijo solemnemente el director—. Buen trabajo, muchachos.

Esta conversación la sostenían una semana después de la captura del profesor Walsh, o Laslo Schmidt. El trío acababa de regresar a sus hogares con una bien ganada semana de vacaciones en el rancho Crooked-Y donde practicaban la equitación, nadaron y aprendieron cómo se vive y trabaja en un rancho. Sentados en la oficina del famoso director de cine, informaban del Misterio de la Cueva de los Lamentos.

—Creo haber comprendido el secreto de los gemidos de la cueva —continuó el señor Hitchcock—, y las actividades del viejo Ben y Waldo. Pero ¿qué sucedió al fin con esos dos bribones?

Bob se sonrió.

—El *sheriff* decidió que, realmente, no habían tenido la oportunidad de ser culpables de nada malo. Prefirió dar crédito a sus protestas de que hubieran entregado los diamantes. El señor y la señora Dalton los perdonaron.

El señor Hitchcock asintió.

—Comprendo. Tal vez se dejaron llevar de sus propios sueños de mineros.

—¿Presentará nuestro informe del caso, señor? —preguntó Pete.

—¡Un momento! —tronó el señor Hitchcock—. Yo no he dicho eso. Cierto que estoy dispuesto a presenciar cualquiera de vuestras aventuras, siempre que despierten mi interés. Desde luego, un asunto de lamentos y viejos exploradores, siempre interesa. Ahora bien, aún no sé cómo el joven Jones llegó a su repentina conclusión de que el falso Diablo y el profesor Walsh eran realmente Laslo Schmidt.

Júpiter se inclinó sobre su silla.

—Empecé a sospechar que el profesor Walsh fuera el falso Diablo, cuando se hizo evidente que era la persona más idónea para llamarse Laslo Schmidt. Era el único forastero en el rancho, y su historia la más fácil de falsificar.

El señor Hitchcock asintió:

—Llevaba en aquella comarca sólo un año, y es más fácil fingirse profesor, que vaquero o capataz de rancho. Pero ¿cómo llegaste a esa conclusión?

Júpiter frunció el ceño.

—Realmente, señor, debí comprenderlo mucho antes. Sin embargo, se me ocurrió cuando fuimos capturados en la cabaña de Ben. Fueron sus palabras dichas allí, la pista que me reveló la verdad.

El señor Hitchcock hojeó las notas de Bob.

—Según esto, no dijo mucho —observó el director.

—No mucho, pero sí lo suficiente —respondió Júpiter—. Primero mencionó nuestro equipo de inmersión; y nadie más que alguien del rancho pudo haberlo visto. Segundo: su voz; que supo alterar de modo impecable, pero no su estilo de expresarse. Al cotejar estos datos con mis otras pistas, advertí que sólo el profesor Walsh se expresaba así.

Los ojos del señor Hitchcock se iluminaron.

—¡Ah!, sin duda el estilo oratorio de una persona es inconfundible y puede realmente delatarle.

—Luego —continuó Júpiter—, reconoció su nerviosismo cuando descubrió que Reston le seguía la pista. Esto me dio a mí dos: primero, el falso Diablo conocía a Reston; y, segundo, sabía que éste

lo iba cercando.

—¡Naturalmente! —exclamó el señor Hitchcock—. Reston os había dicho que Laslo Schmidt lo conocía. Y nadie había visto a Reston excepto vosotros, que lo describisteis a los otros. Luego, el falso Diablo había reconocido a Reston por vuestra descripción, pese al parche en el ojo y la cicatriz.

—Exacto, señor —convino Júpiter.

El señor Hitchcock arrugó el entrecejo.

—No obstante, todo eso es muy circunstancial, jovencito. Encaja el profesor Walsh, pero también encajan otros del rancho. ¿Qué te indujo a centrar la atención en el profesor Walsh?

—La pistola que llevaba, señor.

—¿La pistola? —repitió el director, consultando las notas de Bob —. No veo nada aquí cerca de la pistola… nada especial.

—No, señor; no es el arma en sí, sino el modo de sostenerla. Verá usted, el falso Diablo mantenía la pistola en la mano izquierda. Pero los libros y cuadros mostraban que el Diablo no era zurdo. Cuando hallamos el esqueleto en la cueva, la pistola se hallaba en su mano derecha.

—¡Truenos! —exclamó el señor Hitchcock—. ¿Cómo pudo pasárseme por alto? Naturalmente, Júpiter, sólo el profesor había dicho que el Diablo era zurdo. Lo delató su propia historia.

—Sí, señor; así fue —confirmó Júpiter, con una sonrisita—. En realidad, era profesor además de ladrón. Como dijo el señor Reston, se había pasado cinco años «construyéndose» una nueva identidad. Realmente era profesor, y experto en la historia de California. También escribía un libro acerca de el Diablo, y cuando personificó al bandido, aceptó su propia teoría y actuó con la mano izquierda.

El señor Hitchcock se rió.

—Chicos, lo habéis hecho mejor que bien. Quizá sea éste el caso más ingeniosamente resuelto. Me complacerá presentarlo.

Los muchachos exultaban felicidad por la alabanza. Júpiter mostró la vieja pistola que hallaron en la mano del verdadero Diablo.

—Pensamos, señor, que quizá le gustaría guardar esto como recuerdo del Misterio de la Cueva de los Lamentos.

—¡La pistola de el Diablo! —El señor Hitchcock contempló interesado la vieja arma—. Ciertamente, la conservaré como un

tesoro. Jovencitos, habéis hecho algo más que explicar los lamentos y resolver el robo de diamantes: pusisteis fin a la leyenda de el Diablo.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¿De verdad hicimos todo eso?

—Pero aún queda un problema —siguió el señor Hitchcock, guiñando un ojo—. ¿Existe realmente el Viejo Maldito en el estanque de la cueva? ¿Pudo ser él quien matara a el Diablo?

Júpiter pareció concentrarse.

—Bien, señor, la leyenda del Viejo Maldito se ha transmitido de una generación a otra. Quizá haya una base cierta que la justifique. Resultará interesante volver a la cueva y comprobar si hay algo en el estanque.

—¡Oh, no! —gimieron Pete y Bob.

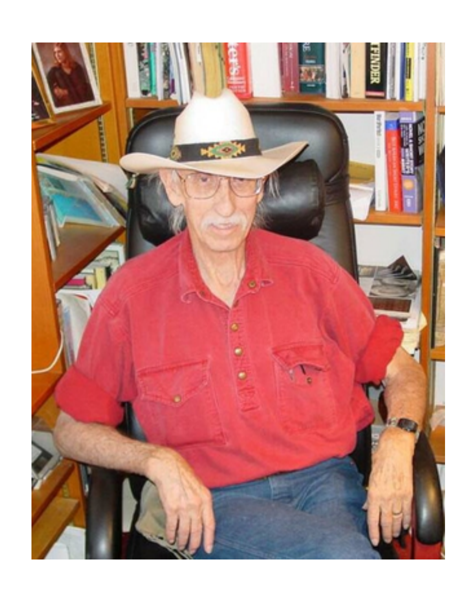
Júpiter respondió:

—Hum… no sé, no sé.

Los tres amigos se marcharon de la oficina. Alfred Hitchcock miró la pistola sobre su escritorio. Una vez más, los Tres Investigadores habían explicado un misterio desconcertante para los adultos. Se preguntó: ¿Cuál sería el próximo? Quizá la cueva del Viejo Maldito.

ALFRED HITCHCOCK

FIN



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de Los tres investigadores. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos **Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant** y **Mark Sadler**.